

VV AA

# ANARQUISTAS CONTRA EL MURO

Acción directa y solidaridad  
con la lucha popular palestina

Compilación:  
Uri Gordon  
y Ohal Grietzer



Corren tiempos sombríos en el Mediterráneo Oriental. Cuando no se está en aquello que Israel denomina guerra, los asentamientos judíos siguen expandiéndose, mientras se siguen destruyendo casas, pozos y olivares palestinos. Antes del genocidio perpetrado a partir de 2023, millones de palestinos bajo la ley marcial israelí vivían soportando un sistema de opresión que les negaba el acceso a servicios médicos y educación adecuados, les impedía viajar libremente entre sus pueblos y ciudades y rodeaba sus hogares con un muro de cemento de seis metros de altura.

Sin embargo, en toda esta oscuridad, sigue brillando un rayo de esperanza. La lucha contra la ocupación la dirigen los palestinos, y la solidaridad israelí (o internacional) sobre el terreno debe llevarse a cabo siempre reconociendo plenamente la asimetría creada por el privilegio. Para bien o para mal, la iniciativa de acción denominada Anarchists Against the Wall [Anarquistas contra el Muro] (AAtW) se ha convertido en una fuente de inspiración mucho más allá de Oriente Medio.

Aquí, recuperamos una serie de textos que han producido desde 2003, a lo largo de su ya dilatada trayectoria.



## Anarchists Against the Wall

Edited by Uri Gordon and Ohal Grietzer

VV AA

**ANARQUISTAS CONTRA EL MURO**

Acción directa y solidaridad con la lucha popular palestina

Compilación: Uri Gordon y Ohal Grietzer

Publicación: 2013

Adaptado de la traducción de Libértame:

<https://libertamen.wordpress.com/2023/10/26/anarquistas-contra-el-muro-accion-directa-y-solidaridad-con-la-lucha-popular-palestina-2013-uri-gordon-y-ohal-grietzer/>

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# ÍNDICE DE CONTENIDO

- **Prólogo.** Alfredo M. Bonanno
- **Introducción.** Uri Gordon y Ohal Grietzer

## DECLARACIONES Y DISCURSOS

- Primer anuncio
- Declaración
- ¿Dos estados para dos pueblos? ¡Dos estados sobran!
- ¡Debemos derribar el muro!
- Discurso de aceptación de la medalla Carl von Ossietzky
- Discurso en la manifestación de Tel Aviv contra la guerra en Gaza
- Declaración de condena

## ENSAYOS Y REFLEXIONES

- Nabi Saleh en imágenes
- Gas lacrimógeno y té
- Miedo y asco en la estación central de autobuses
- Corriendo con lobos
- Aquí, los asesinos son héroes
- Primeros auxilios emocionales
- Medios de comunicación
- Las bolleras y la guerra santa
- «Eh, nena, espero que no estés en la cárcel»
- Otra tierra

## PRÓLOGO

**Alfredo M. Bonanno**

El muro está ahí, donde antes no estaba. Es un artefacto horrible y gigantesco que continúa a lo largo de cientos de kilómetros, adaptándose, sobrepasando las «fronteras» más o menos aceptadas internacionalmente, creciendo en altura o transformándose en trincheras u otras estructuras diseñadas para aislar al «enemigo».

Conozco muy bien algunos de los lugares donde se levanta –por ejemplo, Tulkarem, Qalqiliya y Gush Etzion, al sur de Jerusalén–.

Pero no se trata de eso. Un muro se construye con piedras y cemento. Una trinchera es un agujero excavado muchos metros en el suelo, asistido por alambre de espino, un mecanismo electrónico, una puerta giratoria.

Todos objetos mudos deseados por el miedo e impuestos por la fuerza. Estas cosas no son el punto fundamental de una distancia humana que lleva tanto tiempo cavándose entre israelíes y palestinos, hasta el punto de hacerse casi insalvable.

En el origen de esta distancia está el miedo de aquellos que, en un pasado tan remoto que a estas alturas parece arcaico, pudieron trabajar con la «primera oleada» de colonos, pero que poco a poco se convirtieron, si no exactamente en su enemigo armado, en mano de obra barata que había que utilizar. Y luego, poco a poco, en el devenir de décadas de errores o estafas políticas e internacionales, y de desplantes de todo tipo de dirigentes (y partidos y bandos), ese miedo se ha convertido en un objeto sólido mucho más alto y duro de lo que podría ser cualquier muro.

¿Cómo acercarse a alguien que se ha ensañado con el rechazo y el confinamiento, a alguien que se revuelca en el fango de los campos de refugiados, a alguien que se alimenta de la loca ideología de «echarlos a todos al mar», a alguien que dispara sus Qassams contruidos en el patio hacia el cielo espeso de nubes? Y, por otro lado, ¿cómo acercarse a quienes ven en el muro y en todos sus horribles aspectos la única defensa contra un enemigo que siempre se ha pintado agresivamente como alguien siempre mal dispuesto a cualquier acuerdo? ¿Qué decir de ciertas manifestaciones en defensa de la segregación?

En mi opinión, no hay que reducir el problema a una mera cuestión de propaganda. No se trata sólo de denunciar el abuso cometido con la construcción de más de setecientos kilómetros de muro, o la vergüenza de esta guettización, que los judíos más que nadie en el mundo deberían considerar horrible e inaceptable. Debemos ir un paso más allá.

No hay que limitarse a trabajar con los palestinos, a verlos como hermanos y no como enemigos a los que hay que ablandar mostrando cómo no todos los judíos están a favor de este monstruo de hormigón que grita venganza a los cielos. Debemos dar un paso más.

### **¿Y cuál debe ser este paso?**

Atacar. Demostrativo al principio, ¡por el amor de Dios! No quiero hablar de un ataque definitivo, ya que en el fondo sólo la ilusión militarista se alimenta de este tipo de cosas hasta la indigestión.

Me refiero a un ataque a los objetivos concretos que establecen, alimentan, garantizan, justifican y financian la gestión de una monstruosidad como el muro en cuestión.

No basta con llamarse «Anarquistas contra el Muro» si el muro se queda ahí, delante de nuestras narices, como emblema de la inevitabilidad histórica de las decisiones de quienes detentan el poder, de quienes han usurpado las

expresiones libertarias originales de los primeros asentamientos israelíes.

## **¿Acciones multitudinarias?**

¿Miles de personas sacadas a la calle?  
¿Confraternizaciones entre judíos y palestinos como para hacer temblar las ventanas de la Knesset? Sí, posiblemente también, pero también algo más.

Al fin y al cabo, los anarquistas, incluso en solitario, han sido históricamente capaces de llevar a cabo acciones de ataque que, por sus pequeñas dimensiones y su reproducibilidad, han inspirado a quienes sufren la exclusión, la explotación y el genocidio.

Y esta última palabra, créanme, no fue elegida al azar.

El hecho es que la realidad está ante nuestros ojos. No necesita grandes teorías, ni explicaciones técnicas o estratégicas particulares. Del mismo modo que ese puñado de mujeres y hombres que tomaron conciencia de su existencia no necesitaron ninguna iluminación particular. A menudo, esta condición fundamental de la existencia –la toma de conciencia de una condición de tiranía que sufren algunos, sean pocos o muchos, individuos o pueblos enteros, es un problema que viene después–, una vez puesta en marcha no puede ser detenida por nadie.

**¿Y quién podría detener nuestra acción, nuestra acción como anarquistas?**

¿Necesitamos quizás la señal carismática de algún líder? ¿Una especie de dirección estratégica formada por un puñado de imbéciles que se declaran un punto de referencia? Desde luego que no.

Hay que atacar. Todo lo demás no es más que una forma de apoyo, esencial pero no de vital importancia.

Conocemos el crimen que ensombrece nuestro horizonte tapando la luz del sol. Sabemos quiénes son los pobres, que pagan las consecuencias día tras día. Sabemos quiénes son los responsables, más allá de las banderas o de las opciones religiosas más o menos arraigadas en el atavismo de nuestros antepasados.<sup>1</sup>

No necesitamos nada más.

Trieste, 26 de febrero de 2012

Traducido por Jean Weir

---

<sup>1</sup> Nota de los editores de la serie Intervenciones Anarquistas: La elección de palabras y los puntos de vista que representan son los de los editores y colaboradores del libro.

## INTRODUCCIÓN

**Uri Gordon y Ohal Grietzer**

Corren tiempos sombríos en el Mediterráneo Oriental. Lejos de avanzar hacia un final justo, la ocupación israelí de Cisjordania se profundiza día a día. Los asentamientos judíos siguen expandiéndose, mientras se siguen destruyendo casas, pozos y olivares palestinos. Millones de palestinos que viven bajo la ley marcial israelí siguen soportando un sistema de opresión que dura décadas y que les niega el acceso a servicios médicos y educación adecuados, les impide viajar libremente entre sus pueblos y ciudades y rodea sus hogares con un muro de cemento de seis metros de altura.

A los refugiados palestinos, expulsados de sus tierras en 1948 y 1967, se les sigue negando el regreso o una indemnización, mientras que los ciudadanos palestinos de Israel son objeto de discriminación sistemática. En Gaza, Israel ha retirado sus tropas y colonos, pero los ha sustituido por un asedio, restringiendo los suministros y utilizando fórmulas matemáticas para mantener con vida a sus habitantes al borde de la desnutrición.

Sin embargo, en toda esta oscuridad, sigue brillando un rayo de esperanza: un incesante movimiento de resistencia popular palestina, que encarna todo lo que hay de digno y humano en la lucha por la libertad y la igualdad en esta tierra. Marchando, desarmados, hacia tierras confiscadas y carreteras bloqueadas. Desafiando los gases lacrimógenos, las palizas y las balas, las redadas nocturnas y los cargos falsos. Concienciando y manteniendo a las familias. Y, al mismo tiempo, tendiendo la mano a israelíes e internacionales para que se unan a la lucha.

La lucha contra la ocupación la dirigen los palestinos, y la solidaridad israelí (o internacional) sobre el terreno debe llevarse a cabo siempre reconociendo plenamente la asimetría creada por nuestro privilegio. Sin embargo, para bien o para mal, la iniciativa de acción denominada Anarchists Against the Wall [Anarquistas contra el Muro] (AAtW) se ha convertido en una fuente de inspiración mucho más allá de Oriente Medio.

Y aunque es probable que los camaradas internacionales proyecten en nosotros más de sus aspiraciones y esperanzas de lo que merecemos, también existe un espacio legítimo para relatar las experiencias y reflexiones de los israelíes desobedientes que se oponen a las políticas y la retórica militaristas de su propio Estado de la forma menos mediática. Y así ofrecemos este libro.

AAtW comenzó su actividad a finales de 2003, cuando un grupo heterogéneo de activistas formó una iniciativa de acción directa para oponerse a la construcción de la llamada barrera de separación de Israel.

El grupo se reunió en el pueblo de Mas'ha, donde, junto con activistas internacionales y palestinos, montamos un campamento de protesta en el trazado previsto del muro. Un sentimiento típico entre los activistas del grupo era el rechazo de las viejas tácticas del movimiento pacifista israelí –lobby, esfuerzos electorales y diálogo interreligioso– por ineficaces y paternalistas.

En su lugar, se inspiraron en los movimientos anarquistas y altermundistas internacionales, así como en las experiencias de los esfuerzos de solidaridad existentes que se habían formado desde el estallido de la Intifada de al-Aqsa, el segundo levantamiento armado palestino, en octubre de 2000. De hecho, el origen de AAtW se remonta a la fusión de corrientes paralelas en Palestina e Israel durante la segunda Intifada.

En Cisjordania y la Franja de Gaza, aunque mucho más militarizada que la primera, la segunda Intifada incluyó numerosos ejemplos de lucha popular y resistencia civil, como acciones directas, protestas y manifestaciones, iniciativas de organizaciones no gubernamentales, información independiente y esfuerzos de los medios de comunicación, proyectos juveniles, campañas de boicot y desobediencia civil, normalmente dirigidas por comités populares locales. Marginados como estaban por los niveles de violencia y la creciente centralización jerárquica de la Autoridad Palestina, estos esfuerzos consiguieron, no obstante, echar raíces y acabar dando frutos. En Israel, el fracaso de los Acuerdos de Oslo provocó un atrincheramiento nacionalista general y un giro a la derecha, incluso dentro del llamado Campo de la Paz. Sin embargo, esto tuvo el efecto contrario en los que se encontraban en el extremo izquierdo del espectro, ya que la comprensión de por qué fracasó Oslo llevó a muchos a soltarse definitivamente de los faldones de la izquierda sionista.

Al principio, el principal órgano de solidaridad israelí con las comunidades palestinas era Ta'ayush («vivir juntos» en árabe), una red que en su momento álgido contaba con cientos de participantes activos, tanto judíos como ciudadanos palestinos de Israel. Los activistas de Ta'ayush llevaban alimentos a las ciudades y pueblos asediados y defendían a los agricultores palestinos de colonos y soldados mientras cultivaban sus tierras.

En el verano de 2001, muchos activistas internacionales empezaron a llegar a Palestina como voluntarios del Movimiento de Solidaridad Internacional (ISM), una coordinación dirigida por palestinos que acompañaba las acciones palestinas no violentas en Cisjordania. Las acciones del ISM incluían la formación de cadenas humanas para impedir que los soldados interfirieran mientras los palestinos derribaban los controles militares de las carreteras, celebraban manifestaciones masivas o rompían colectivamente los toques de queda para llevar a los niños a la escuela o cuidar de sus campos.

En la primavera de 2002, con la intensificación de la violencia israelí en Cisjordania, incluida la destrucción del campo de refugiados de Yenín y el asedio de la Iglesia de la Natividad de Belén, el ISM se vio obligado a realizar actividades más defensivas, como el escudo humano y el testimonio en directo. Los activistas del ISM permanecieron en casas palestinas que se enfrentaban a la demolición, viajaron con ambulancias, escoltaron a trabajadores municipales para arreglar infraestructuras y entregaron alimentos y medicinas a las comunidades asediadas. Soldados israelíes mataron a dos activistas de ISM, Rachel Corrie y Tom Hurndall, en la Franja de Gaza en 2003.

El campamento de protesta de Mas'ha brindó a los israelíes que habían colaborado con los grupos de afinidad de ISM la oportunidad de dar más visibilidad a su propia resistencia como israelíes. El campamento se convirtió en un

centro de información y lucha contra la construcción prevista de la barrera, que en aquel momento estaba empezando a levantarse.

A lo largo de sus cuatro meses de duración, más de mil internacionales e israelíes acudieron a conocer la situación y unirse a la lucha. Los activistas también cortaron la valla y destruyeron partes de ella. En una de estas acciones, en diciembre de 2003, soldados israelíes dispararon a quemarropa con munición real en ambas piernas a un activista israelí llamado Gil Na'amati. La gran cantidad de publicidad que recibió este incidente fijó el nombre del grupo, que hasta entonces había ido rotando, como el nombre elegido para esa acción: Anarquistas contra el Muro.

En ese momento, varios pueblos palestinos que estaban a punto de perder gran parte de sus tierras a causa del muro formaron comités populares para resistirse a la construcción.

Las conexiones establecidas durante el campamento de Mas'ha llevaron a que se invitara a israelíes a unirse a esas manifestaciones, y al comienzo de una asociación a largo plazo entre AAtW y los comités populares de muchos pueblos. Las manifestaciones y acciones tuvieron lugar casi a diario en Budrus, Salem, Anin, Biddu, Beit Awwa, Deir Balut, Beit Surik, Beit Likia y otros pueblos, así como en barrios palestinos que estaban efectivamente aprisionados

por los muros que rodean Jerusalén. En unas pocas acciones, palestinos e israelíes consiguieron detener las obras de construcción durante todo el día, derribar o dañar secciones de la valla o romper las puertas situadas a lo largo de ella.

El objetivo pragmático de la presencia israelí e internacional era obligar al ejército a reducir su nivel de represión violenta, ya que tiene normas de enfrentamiento más estrictas cuando hay forasteros presentes junto a palestinos. Sin embargo, hasta la fecha más de veinte palestinos han muerto en estas manifestaciones, a veces por disparos de munición real, pero más a menudo por impactos directos de armas supuestamente menos letales, como balas de metal recubiertas de goma y botes de gas lacrimógeno.

A partir de febrero de 2005, AAtW comenzó a apoyar las manifestaciones semanales en el pueblo de Bil'in –hasta el día de hoy, una movilización resistente y sostenida en número que se ha convertido en un símbolo internacionalmente reconocido de la lucha popular. Tanto en Bil'in como en otros pueblos, como Ni'ilin, Ma'asra, Beit Ummar y Nabi Saleh, se formó un patrón regular de manifestaciones los viernes. Una manifestación típica comienza con una concentración en el centro del pueblo tras la oración del viernes, después de la cual los residentes y sus partidarios marchan hacia la valla, o hacia las tierras que han sido tomadas por los colonos. A veces, los soldados israelíes invaden el pueblo antes de que comience la manifestación.

Otras veces, los manifestantes consiguen llegar hasta la valla y corean consignas. En cualquiera de los casos, el ejército declara inevitablemente la zona «zona militar cerrada» y procede a dispersar a los manifestantes con gases lacrimógenos, granadas de concusión, balas de metal recubiertas de goma, empujones y golpes.

Cuando la manifestación retrocede hacia el pueblo, los jóvenes de la aldea suelen pasar a la retaguardia y empezar a lanzar piedras a las fuerzas israelíes, que a veces invaden el pueblo durante varias horas. Al anochecer todo suele volver a la calma, aunque son frecuentes las incursiones nocturnas.

Las manifestaciones masivas son sólo una parte de las acciones dirigidas por palestinos a las que se unen israelíes e internacionales.

Otros esfuerzos incluyen plantar árboles, reconstruir casas y pozos demolidos y acompañar regularmente a los agricultores o pastores palestinos que se enfrentan a la violencia de los colonos judíos. Los activistas solidarios intentan interponerse como barrera entre los colonos atacantes y los granjeros, que a veces consiguen trabajar sus tierras durante una o dos horas. Los soldados israelíes suelen estar presentes en estos actos, pero se quedan de brazos cruzados o se unen a los ataques violentos y detienen a los agricultores y activistas. AAtW también ha organizado muchas manifestaciones y acciones contra la ocupación

dentro de Israel. Los activistas han tendido alambre de espino y montado un puesto de control simulado en el acomodado norte de Tel Aviv, y han montado brevemente tanques israelíes y vehículos blindados de transporte de personal que se preparaban para una incursión en la Franja de Gaza. Además, hubo una amplia participación anarquista en la oposición israelí a la guerra de agosto de 2006 contra Líbano y a la guerra de diciembre de 2008 contra Gaza.

Los anarquistas formaron grandes contingentes en las manifestaciones contra estas ofensivas y bloquearon brevemente la entrada a una base aérea en el momento álgido de ambas guerras. Otras protestas y acciones directas dentro de Israel continúan casi semanalmente.

Las piezas recogidas en este libro se dividen en dos partes. La primera contiene declaraciones breves, incluidos folletos publicados por la AAtW en sus inicios o discursos pronunciados por sus miembros en distintas ocasiones. La segunda parte contiene relatos, ensayos y reflexiones de activistas que participan en las acciones del grupo. Algunos de ellos se escribieron especialmente para esta colección, y otros se publicaron anteriormente en fanzines de AAtW y otros medios. Esperamos que proporcionen a los lectores una visión de los retos que plantea nuestra lucha, así como de las motivaciones y emociones de los participantes.

Aunque algunos de los artículos de la primera parte se publicaron en nombre de AAtW, ni ellos ni ninguno de los

artículos de la segunda parte –por no hablar de esta introducción– deben considerarse representativos de una posición ideológica permanente y colectiva del grupo en su conjunto. Para bien o para mal, AAtW es una iniciativa de acción pragmática sin plataforma ideológica, sin manifiesto y sin programa para el futuro de la región. Como se afirma en la introducción de nuestro fanzine de 2007,

AAtW se deshace del exceso de peso de los gruesos y pesados marcos ideológicos haciendo de la práctica su centro de gravedad. Esto no quiere decir que los análisis teóricos y de principios no sean necesarios, por supuesto –sin duda animamos a aplicarlos para deconstruir los mitos del apartheid sionista–; sin embargo, en este momento, las personas que componen AAtW prefieren aplicar cuerdas de tracción, cizallas y martillos de diez libras para deconstruir el muro de Israel y expresar su desacuerdo con los controles de carretera de las FDI.

Aunque muchos israelíes que participan en acciones en Cisjordania tienen una visión del mundo anarquista, muchos otros no. Algunos ven sus esfuerzos en términos de apoyo a los derechos humanos y al derecho internacional. Otros actúan por pura expresión personal de conciencia moral. Esta diversidad no ha estado exenta de escollos, pero una de sus claras ventajas ha sido la evitación del sectarismo y la correspondiente capacidad para ofrecer un espacio algo más acogedor a los recién llegados.

En definitiva, los artículos aquí recogidos representan únicamente las opiniones de sus propios autores.

Para terminar, nos gustaría dar las gracias a los siguientes miembros de la junta del Instituto de Estudios Anarquistas: Joshua Stephens por tomar la iniciativa de hacer realidad este libro y por su importante ayuda editorial, a Cindy Milstein por su cuidadosa corrección de estilo y a Josh MacPhee (también de la Cooperativa de Artistas Justseeds) por pasar pacientemente por numerosas revisiones del arte de la portada. También queremos dar las gracias a Lorna Vettors por corregir este libro. Y damos las gracias a todos los colaboradores que han dedicado su tiempo y energía a escribir y editar.

Este libro está dedicado a la memoria de nuestros compañeros palestinos caídos en la lucha popular contra la ocupación.

## **DECLARACIONES Y DISCURSOS**

## PRIMER COMUNICADO

*Este comunicado de prensa se emitió el 25 de diciembre de 2003, durante la acción en la que Gil Na'amati fue tiroteado, pero antes de que se conocieran los detalles de su herida.*

¡No al gueto que construyen los judíos!

¡No a los muros entre personas!

¡Alto a la ocupación!

¡Israelíes, palestinos y activistas internacionales!

¡Derribad el muro del apartheid en Mas'ha!

En estos momentos, viernes por la tarde (séptima vela de Janucá), decenas de activistas están derribando y rompiendo la puerta del muro del apartheid, también

conocido como «valla de separación», para permitir el libre paso de los habitantes de Mas'ha a sus tierras.

Los activistas, equipados con herramientas, están rompiendo la verja que permanece cerrada desde que se construyó el muro hace dos meses. A los campesinos, cuyas tierras están al otro lado de la valla, se les dijo que podrían cruzar la puerta para trabajar sus tierras. Esa promesa resultó ser una mentira metódica, burda y cruel. A lo largo de todo el asfixiante muro, las puertas permanecen bloqueadas y los residentes palestinos siguen sin poder acceder a su única fuente de ingresos.

El ejército está presente en las puertas del pueblo de Mas'ha, situado junto al asentamiento de Elkana, y aún no está claro cómo acabará el enfrentamiento entre el ejército y los activistas. Los activistas hacen un llamamiento a la resistencia activa conjunta de israelíes y palestinos contra la política de creación de guetos que lleva a cabo el gobierno israelí.

La acción se celebra en el marco del Campamento Alternativo de Protesta contra el Muro del Apartheid que comenzó hace una semana en Deir Balut.

El campamento acoge a israelíes y palestinos, y está situado en el camino del muro del apartheid, en los terrenos de la escuela primaria del pueblo (la construcción de la escuela se detuvo debido a la confiscación de los terrenos

para la construcción del muro). Invitamos a los medios de comunicación que siguen las promesas de Ariel Sharon para la supuesta evacuación de los asentamientos a que vengan y vean por sí mismos la operación de confiscación de tierras y expansión de los asentamientos que está teniendo lugar estos días.

Invitamos a los medios de comunicación que siguen las promesas de Ariel Sharon para la llamada evacuación de los asentamientos a que vengan y vean por sí mismos la operación de confiscación de tierras y expansión de los asentamientos que está teniendo lugar estos días. El campamento de protesta de Deir Balut y otras acciones de protesta que están teniendo lugar, y que tendrán lugar en el futuro, proporcionarán una alternativa viva y pataleante a las acciones de ocupación, robo y confiscación de las que son responsables el gobierno de Sharon y el ejército israelí.

–Anarchists Against the Wall

## DECLARACIÓN

*Esta declaración se publicó por primera vez el 5 de enero de 2004.*

En estos días, con la construcción del sistema de vallas, zanjas y el muro de separación que roba los campos y deja a la gente en enclaves sin los medios de existencia necesarios, cuando cientos de miles de personas se ven aisladas de los servicios sanitarios y educativos y de las infraestructuras esenciales, y se ven obligadas a elegir entre el traslado «voluntario» o la muerte, es nuestro deber como seres humanos luchar contra este crimen.

Forzamos la puerta de Mas'ha para abrir una brecha en el muro del odio y, con nuestras acciones, proporcionar una alternativa viva y pataleante a la política de apartheid del gobierno israelí. Nosotros, para quienes el futuro de esta tierra es importante, consideramos que el sistema de vallas

y un muro de separación no sólo es un enorme desastre para el pueblo palestino, sino también una amenaza directa para nosotros y para cualquiera que desee una vida pacífica a la vez que segura.

Esto no es una valla de seguridad. Es una valla racista de apartheid que provocará un derramamiento de sangre para todos nosotros durante muchos años. Intentamos vivir en nuestra vida cotidiana los cambios por los que luchamos. Trabajamos en un espíritu de plena cooperación, sin líderes. Nuestras decisiones se toman por consenso y cada uno contribuye en la medida de sus posibilidades. Creemos que la justicia y la igualdad se alcanzan por acuerdo voluntario entre las personas, y que el Estado es sólo una herramienta agresiva de los grupos étnicos y/o de clase dominantes.

Somos realistas y comprendemos que la abolición del sistema estatal no se producirá mañana, pero ya hoy podemos exigir una forma de vida «sin gobernantes ni gobernados», «sin amos ni esclavos». La acción directa es el acto democrático cuando la democracia deja de funcionar. El muro de Berlín no fue desmantelado por gobernantes y acuerdos, sino por ciudadanos que lo derribaron con sus propias manos.

Desde que tenemos uso de razón, nos han lavado el cerebro con odio y miedo hacia nuestros vecinos palestinos. No hemos salido de excursión al campo sin escolta armada. Nos han dicho que nuestra mano está tendida para la paz,

pero que no hay nadie con quien hablar. Pero estas mentiras han quedado al descubierto y son visibles para todos los que participan en las acciones contra la ocupación.

Hemos dormido juntos bajo los olivos (antes de que los arrancaran), hemos marchado juntos hasta la valla y seguiremos luchando juntos –israelíes, palestinos e internacionales– por la justicia y la igualdad para todos.

Durante años, personas de bien han afirmado que cuando se lleve a cabo el traslado, se tumbarán delante de las ruedas de los camiones y autobuses para bloquear ese crimen. Pero ¡el trasvase ya se está produciendo ahora! Privar a miles de personas de los medios mínimos de existencia no les deja ninguna alternativa. Miles están abandonando sus aldeas en busca de comida para sus hijos. La limpieza étnica se está produciendo ante nuestros ojos, y sólo tenemos una opción: utilizar los pocos derechos que aún nos quedan de los restos de la democracia israelí y romper las leyes racistas e inmorales. Sí, romper las puertas y las vallas, bloquear las excavadoras con nuestros cuerpos, entrar en zonas militares cerradas y transformar también al enemigo en nuestro amigo.

La resistencia palestina e israelí continuará mientras la ocupación –la infraestructura y raíz del terror– continúe.

Anarquistas contra el Muro

## ¿DOS ESTADOS PARA DOS PUEBLOS? ¡DOS ESTADOS SOBRAN!

*El siguiente folleto se distribuyó en una manifestación en Tel Aviv el 15 de mayo de 2004. La efímera Iniciativa Anarquista–Comunista fue formada por un pequeño grupo de anarquistas israelíes, algunos de los cuales fueron encarcelados por negarse a servir en el ejército, de tres ciudades diferentes.*

Si el Estado de Israel y la Autoridad Palestina llegan a un acuerdo de «paz», no será el resultado de un deseo israelí de «seguridad» para sus ciudadanos y de un deseo palestino de «independencia». Será –más que nada– parte de la configuración de los intereses de las potencias internacionales, ya que tales conceptos son ajenos a su

forma de pensar. Los Acuerdos de Ginebra, iniciados por políticos y empresarios si se firman y aplican como se pretende (dos cosas distintas), serán la expresión de estos intereses, como cualquier otro acuerdo político que se pueda imaginar. La etiqueta más apropiada para describir el trato que el Estado israelí dispensa a los habitantes y ciudadanos que no se incluyen en la categoría de «judíos de pleno derecho» es apartheid: una norma de separación chovinista, que confisca tierras a los campesinos, restringe la libertad de movimiento de las personas en su camino al trabajo e incluso obstruye la capacidad de los capitalistas palestinos para desarrollar su economía. Todo ello, mientras se intenta conseguir la cooperación de los dirigentes palestinos.

Algunas personas que se consideran activistas por la paz se han preguntado seriamente, más allá de las respuestas oficiales de la izquierda, ¿cuáles pueden ser las razones de la política común de todos los gobiernos israelíes –de izquierdas y de derechas– hacia los palestinos?

Afirmamos que no se trata simplemente de la conquista de un pueblo por otro, al estilo de los antiguos imperios; ni sólo de la expresión de una creencia en una Tierra de Israel indivisa extraída de la Biblia; tampoco se deriva de la presión de un fuerte grupo de presión de dirigentes de colonos, aunque sin duda eso también desempeña un papel.

La norma del apartheid debe verse como algo que sirve a varios intereses poderosos. En primer lugar, sirve a la economía israelí –es decir, a los capitalistas israelíes– suministrando mano de obra barata, que utilizan principalmente los pequeños y medianos empresarios de la industria manufacturera y la construcción.

Este papel lo han desempeñado los «árabes israelíes» que estuvieron bajo dominio militar durante los años 1948 a 1966, y aún más, los habitantes de las regiones ocupadas en 1967. Sólo últimamente, como consecuencia de la Intifada de Al–Aqsa y de la «importación» masiva de inmigrantes de trabajo temporal, se interrumpió el libre acceso a esa mano de obra. Las grandes empresas israelíes se beneficiaron de la ocupación de 1967 principalmente porque les abrió un gran mercado de consumo sin competidores.

El estamento militar, que siempre ha sido poderoso en Israel, y sus altos mandos siempre han disfrutado de carreras seguras en el gobierno y la industria después de terminar el servicio militar, y tienen un gran interés en prolongar el apartheid (y el conflicto) para asegurar su posición y sus derechos. A Estados Unidos, que se ve favorecido por los servicios que le presta el Estado israelí en la región y en todo el mundo desde la década de 1950, le interesa que Israel siga bajo una amenaza permanente para que siga necesitando su apoyo.

Un recordatorio: las conversaciones serias sobre la creación de un Estado palestino no comenzaron hasta hace quince años, hacia el final de la primera Intifada. Casi ningún dirigente actual de la principal izquierda sionista y de la izquierda más radical (que parece haber logrado reescribir su historia de manera casi orwelliana) imaginó jamás un acuerdo semejante. Incluso al principio del periodo de Oslo seguían hablando de autonomía. La Organización para la Liberación de Palestina y la izquierda antisionista hablaban del establecimiento de un Estado laico de todos sus ciudadanos. La Autoridad Palestina no existía en absoluto, de hecho, hasta que Israel ayudó a establecer la Organización para la Liberación de Palestina en este papel. El acuerdo de paz que preveía dos estados para dos naciones sólo entró en la agenda cuando, tras la primera Intifada y los cambios en la economía mundial global, empezó a encajar con los intereses de sectores del capital israelí y estadounidense.

¿Qué significa una paz así? Si continuamos con la descripción de la situación en el Israel ampliado como apartheid y la comparamos con la que existía en Sudáfrica, podemos ver que la paz significa la sumisión de la Intifada a un liderazgo palestino comprador que sirva a Israel. Dicha paz, a menudo denominada «normalización», está relacionada con procesos que tienen lugar en todo el mundo bajo la etiqueta de globalización e iniciativas de cooperación comercial regional diseñadas para culminar en una «región

de libre comercio de todos los países mediterráneos.» En todo el mundo, acuerdos como éstos han conducido a la absorción de las economías locales por empresas multinacionales, a la violación de los derechos humanos básicos, al deterioro de la situación y las condiciones de las mujeres y los niños, a la violencia social y a la destrucción del medio ambiente.

¿Aportará este acuerdo y la paz al menos el cese de la violencia? No lo creemos: aumentarán las penurias económicas y las brechas sociales, seguirá sin resolverse el problema de los refugiados y se legitimará el apoyo económico internacional prestado al enorme número de desempleados de la Franja de Gaza y partes de Cisjordania (como ocurrió en parte tras el Acuerdo de Oslo y de nuevo más recientemente). En este caso, los palestinos tendrán que confiar en «su» Estado, un pequeño miniestado dependiente que probablemente no esté a la altura de las circunstancias.

Los estados actúan dentro de un sistema de intereses, y la gente corriente como nosotros no ocupa un lugar destacado en su lista de preocupaciones.

Si queremos que se produzca algún tipo de cambio a mejor, que disminuyan las brechas y cesen las matanzas mutuas, tenemos que comportarnos no como marionetas obedientes de líderes políticos financiados por europeos y estadounidenses que no hacen más que alguna que otra

protesta «democrática». Tenemos que actuar, en cambio, para eliminar las particiones nacionales y, sobre todo, resistir a las fuerzas militares que provocan matanzas mutuas y continuas.

No necesitamos promover un programa político, ya sea el de los Acuerdos de Ginebra u otro alternativo. Más bien, debemos poner en el orden del día la exigencia de un modo de vida totalmente diferente y de igualdad para todos los habitantes de la región. Aunque actuemos de forma independiente (local), tenemos que recordar que mientras haya estados y mientras siga existiendo el sistema capitalista, cualquier mejora que consigamos será parcial y estará permanentemente amenazada. Por lo tanto, tenemos que ver nuestra lucha como parte de la lucha que se lleva a cabo en todo el mundo contra el capitalismo global, exigir un cambio revolucionario basado en la abolición de la opresión de clase y la explotación, y apuntar hacia la construcción de una nueva sociedad: una sociedad anarquista–comunista sin clases. Una sociedad en la que no habrá coerción estatal, en la que se abolirá la violencia organizada, en la que no existirá el chovinismo y en la que se eliminarán todos los demás males de la era capitalista.

–Anarchist–Communist Initiative

## **¡DEBEMOS DERRIBAR EL MURO!**

*Folleto distribuido el 23 de septiembre de 2004 en Tel Aviv durante las celebraciones por la liberación de cinco objetores de conciencia israelíes tras dos años de prisión.*

¿Comprarías una tostadora usada a Dani Nave [ministro del gobierno israelí]? ¿Le comprarías un coche usado a Tsahi Hanegby [otro ministro del gobierno israelí]? Entonces, ¿cómo es que les compras a ellos y a sus amigos, Arik, Bibi, Ehud y Limor, junto con todas las demás partes interesadas de todas partes hasta el Comité Central del Likud, estos planes desastrosos que influirán en tu vida durante muchos años?

## ¿CONFÍAS EN ELLOS, Y QUE LA SOLUCIÓN AQUÍ SON VALLAS, MUROS Y APARTHEID?

A finales de 2002, el gobierno israelí empezó a construir una valla de separación. El trazado decidido pasa en su mayor parte por el interior de la zona palestina, destruyendo miles de acres de tierra agrícola, separando a los niños de sus escuelas, a los enfermos de su tratamiento médico y a las personas de sus familiares.

La retorcida ruta crea guetos–enclaves que impiden las conexiones normales entre las aldeas y el mundo circundante. Se están arrancando miles de árboles frutales para despejar el camino, árboles que constituyen la principal fuente de ingresos de personas a las que ya se les impide trabajar en Israel.

El gobierno presenta la ruta como una simple medida de seguridad, pero tanto el Tribunal Supremo israelí como el Tribunal Internacional de Justicia han declarado que la ruta es ilegal y perjudica gravemente la vida de los habitantes. Esto plantea las siguientes preguntas: «¿Se tuvo en cuenta en las consideraciones de seguridad este grave perjuicio para los habitantes? ¿Es menos peligrosa una persona a la que le han robado sus recursos, arrancado sus árboles y pisoteado su honor?».

Entonces, si no es por seguridad, ¿qué se esconde realmente tras la decisión de construir semejante valla? La triste respuesta es el traslado.

No del tipo en el que se obliga a la gente a subir a transportes y se la lleva, sino un traslado silencioso, uno en el que la vida se hace tan insoportable para la gente que sólo le quedan dos opciones: salir o explotar.

Desde enero de 2004, los aldeanos han elegido una opción diferente: la lucha no violenta contra la valla, inspirada en figuras como Nelson Mandela y Martin Luther King Jr. Hombres, mujeres, niños y ancianos salen de los pueblos para intentar bloquear las excavadoras con sus cuerpos, impedir la destrucción y el robo, acompañados por activistas israelíes e internacionales que llegaron para solidarizarse a su lado e intentar disminuir el nivel de violencia del ejército. Esto no siempre fue útil. Con frecuencia, el ejército responde con extrema violencia utilizando porras, granadas de choque y lacrimógenas, balas recubiertas de goma e incluso munición real.

A lo largo del año ha habido decenas de manifestaciones duramente reprimidas, con el resultado de seis manifestantes muertos y centenares de heridos. Por lo general, los medios de comunicación han optado por no centrarse en lo que está ocurriendo, y sólo una decisión del Tribunal Supremo detuvo durante un tiempo la estampida libre de excavadoras. En los últimos días, las obras de

construcción de la valla se han reanudado a toda velocidad, de nuevo en las zonas palestinas, en claro desprecio de los veredictos del Tribunal Supremo. Ahora ya no es posible apartar la vista y decir: «No lo sabíamos».

¡AHORA ES EL MOMENTO DE ACTUAR!

¡PAREMOS LA LOCURA!

¡PAREMOS EL MURO!

–Anarchists Against the Wall

## DISCURSO DE ACEPTACIÓN DE LA MEDALLA CARL VON OSSIETZKY

*El 7 de diciembre de 2008, en Berlín, el Comité Popular Bil'in y AAtW recibieron conjuntamente la prestigiosa Medalla Carl von Ossietzky, que concede anualmente la Liga Internacional de los Derechos Humanos y que lleva el nombre del Premio Nobel de la Paz alemán que murió bajo custodia de la Gestapo.*

Queremos ser sinceros: estamos aquí, en este podio, aunque como anarquistas esta situación nos suscita sentimientos encontrados, tanto a nosotros como a nuestros compañeros. Sinceramente, somos reacios a recibir premios por nuestro activismo político. Preferiríamos no ser señalados para la gloria y recibir gratitud por hacer lo que sentimos que es nuestro deber.

A pesar de nuestras reservas anarquistas, que en circunstancias normales habrían prevalecido, como israelíes y beneficiarios de los actos injustos de nuestro país hacia los palestinos, agradecemos vuestro apoyo a la lucha palestina contra el apartheid israelí.

Aquí en este podio, al igual que en los olivares de Cisjordania, nuestro principal deber moral no es mantener la pureza ideológica, sino más bien apoyar a los palestinos en su resistencia a la opresión. Reconocemos la importancia de recabar apoyo internacional para la lucha en curso y la importante contribución de este premio a este fin.

Creemos que estar aquí, en el actual estado de cosas, es una continuación directa del bloqueo de las excavadoras, de estar codo con codo con los que lanzan piedras o de huir de los gases lacrimógenos junto a manifestantes jóvenes y ancianos.

Aquí, como en los olivares, queremos subrayar que no somos socios en pie de igualdad, sino ocupantes que se unen a los ocupados en su lucha. Somos conscientes de que para muchos, la participación de israelíes en la lucha palestina sirve como sello de aprobación, pero a nuestros ojos, esta asociación no consiste en conceder legitimidad. La lucha palestina es legítima con o sin nosotros. Por el contrario, la lucha es una oportunidad para nosotros de cruzar, en la acción más que en las palabras, las barreras de la lealtad nacional.

Durante los últimos cuatro años, y a través de más de doscientas manifestaciones, Bil'in se ha convertido en un símbolo y punto focal del movimiento contra el muro de Israel, un movimiento que durante los últimos seis años ha movilizó a miles de personas en la resistencia popular de base y ha forjado una lucha conjunta palestino–israelí sobre el terreno sin precedentes.

El hecho de que se trate de un movimiento civil y desarmado sólo sirve para acentuar la violencia excesiva e injusta del ejército. Miles de personas han resultado heridas, cientos han sido encarceladas y encarcelados durante largos periodos y quince han muerto, diez de ellas menores. Queremos dedicar esta medalla a las dos víctimas más recientes de la lucha: Ahmad Mousa, de diez años, y Youssef Amirah, de diecisiete, que fueron asesinados por agentes de la policía fronteriza en la aldea de Ni'ilin hace cuatro meses, en el marco del intento de reprimir militarmente la insurrección del muro en la aldea.

Gracias de nuevo por apoyar la lucha popular conjunta.

–Adi Winter y Yossi Bartal

–Anarchists Against the Wall

## DISCURSO EN LA MANIFESTACIÓN DE TEL AVIV CONTRA LA GUERRA EN GAZA

*El 3 de enero de 2009, ocho días después del comienzo de la Operación Plomo Fundido, AAtW participó en una marcha y concentración de mil personas en Tel Aviv contra el ataque a Gaza. A continuación, reproducimos el discurso que dos miembros de AAtW escribieron para el acto.*

Los ataques contra Gaza son testimonio de un proceso alarmante que empuja a la sociedad israelí hacia el extremismo. A través de este proceso, los ataques contra la población civil se vuelven cada vez más brutales, mientras que al mismo tiempo se presentan como esenciales, de hecho, como el epítome de la justicia. Es el proceso de una obtusidad moral que se extiende por toda nuestra sociedad, un proceso por el que todo y cualquier cosa se convierte en permisible.

¿Qué hace posible este extremismo? Se arraiga mediante la distorsión de los hechos y la difuminación de las nociones. Esta confusión es fomentada y alimentada por políticos y militares, y nos acompaña como sociedad desde hace mucho tiempo. Todos podemos recordar cómo la profundización de la ocupación en Gaza y Cisjordania se denominaba proceso de paz, cómo el control total israelí sobre la vida de la población en Gaza se denominaba retirada, y cómo un cruel asedio que incluía la inanición masiva y la retención de los bienes más básicos se conocía como periodo de «calma».

Hoy se nos dice que un ataque despiadado contra la población de Gaza es en realidad una guerra contra Hamás, que lanzar bombas sobre zonas residenciales en la región más densamente poblada del mundo no es un crimen de guerra sino «un asalto a la infraestructura del terrorismo», que bombardear los dormitorios femeninos de la Universidad de Gaza es eliminar laboratorios de explosivos y que asesinar a cientos de mujeres y niños constituye un combate justo y moral.

La ministra de Asuntos Exteriores, Tzipi Livni, fue aún más lejos y explicó cómo hacer la guerra es esencial para el avance de la paz, nada menos. Sí, parece que lo que estamos presenciando hoy en Gaza constituye la definición actual de «proceso de paz» del gobierno israelí.

Hemos venido aquí para decir que esta guerra no es necesaria y desde luego no es justa. Hemos venido aquí para rechazar la política del odio y la venganza. Hemos venido aquí para oponernos al encubrimiento de los crímenes de guerra y a su presentación como una lucha contra los terroristas.

Estamos aquí para decir que quienes se manifiestan en contra de las víctimas civiles en Sderot no pueden evitar pronunciarse en contra de la matanza masiva que está teniendo lugar en Gaza, cortesía de los bombardeos del ejército israelí. Miles de personas, tanto palestinas como judías, se han manifestado contra la guerra en el transcurso de la última semana. El aparato de seguridad de Israel, junto con los principales medios de comunicación, están haciendo todo lo posible para silenciar por la fuerza estas voces de cordura. Quienes expresan su oposición a la guerra son denunciados como traidores, y sus protestas son presentadas como disturbios. Pero, por encima de todo, las fuerzas proguerra dentro de Israel han intentado aplastar la creciente disidencia mediante detenciones masivas de palestinos en todo el país.

En la última semana han sido detenidas más de setecientas personas que se atrevieron a oponerse a la guerra. Más de doscientas de ellas siguen encarceladas, casi la mitad menores de edad. Se trata de una forma de persecución racista y política que debería preocupar a todos y cada uno de los ciudadanos israelíes.

Hoy estamos aquí, juntos, judíos y palestinos, mujeres y hombres, para asegurarnos de que se escucha nuestra protesta, para decir no a los ataques militares contra la población civil y no a la guerra. A menudo nos preguntan: ¿Por qué os oponéis constantemente? Marchamos hoy aquí no para oponernos, sino para expresar nuestro apoyo: apoyo a un alto el fuego, a un periodo de calma real y mutua; apoyo al levantamiento del asedio, al reconocimiento de que Gaza y Cisjordania son una sola entidad; apoyo al fin de la ocupación; y apoyo a una lucha conjunta judeo–palestina por la libertad.

–Adar Grayevsky y Yanay Israeli

–Anarchists Against the Wall

## DECLARACIÓN DE SENTENCIA

*El 31 de enero de 2008, una treintena de manifestantes participaron en una marcha ciclista de la Masa Crítica en Tel Aviv para protestar contra el asedio a Gaza. Durante la protesta, policías de paisano detuvieron a Jonathan Pollak porque lo reconocieron de protestas anteriores y, como afirmaron ante el tribunal, supusieron que era el organizador y cabeza visible del acto. Jonathan leyó esta declaración antes de su sentencia.*

Señoría, una vez declarado culpable, es habitual que el acusado pida clemencia al tribunal y exprese remordimiento por haber cometido el delito. Sin embargo, me veo incapaz de hacerlo. Desde su inicio, este juicio no contenía prácticamente desacuerdos sobre los hechos. Como se afirma en el acta de acusación, efectivamente monté en bicicleta, junto con otras personas, por las calles de Tel Aviv

para protestar contra el asedio a Gaza. Y, en efecto, mientras circulábamos en bicicleta, que legalmente son vehículos que deben circular por la calzada, puede que hayamos ralentizado ligeramente el tráfico. El único y trivial desacuerdo en este caso gira en torno a los testimonios de los detectives de la policía que afirmaron que yo desempeñé un papel protagonista durante el recorrido de protesta en bicicleta, algo que tanto yo como el resto de los testigos de la defensa negamos.

Como se ha dicho antes, es habitual en este punto del proceso sonar arrepentido, y de hecho me gustaría expresar mi pesar en relación con un aspecto concreto de los acontecimientos de ese día: si hay remordimiento en mi corazón, es que, tal y como declaré durante el juicio, no desempeñé un papel destacado en la protesta de ese día, y por tanto no cumplí con mi deber de hacer todo lo que estuviera en mi mano para cambiar la insostenible situación de los habitantes de Gaza y poner fin al control de Israel sobre los palestinos.

Su Señoría ha declarado durante el juicio, y muy probablemente volverá a hacerlo en el futuro, que un juicio no es una cuestión de política sino de derecho. A esto respondo que apenas hay nada en este juicio excepto desacuerdos políticos. Es posible que este tribunal haya impedido el montaje de una defensa adecuada cuando se negó a escuchar argumentos relativos a la selectividad política en la conducta de la policía, pero incluso de los

testimonios que se admitieron se desprende claramente que dicha selectividad existe.

Tanto el objeto de mi presunta ofensa como la motivación de la misma eran políticos. Esto es algo que no se puede eludir. El Estado de Israel mantiene un asedio ilegítimo, inhumano e ilegal sobre la Franja de Gaza, que sigue siendo territorio ocupado según el derecho internacional.

Este asedio, llevado a cabo en mi nombre y en el suyo también, señor –de hecho, en nombre de todos nosotros–, es un cruel castigo colectivo infligido a ciudadanos de a pie, residentes en la franja de Gaza, sujetos sin derechos bajo la ocupación israelí.

Ante esta realidad, y como postura contra ella, el 31 de enero de 2008 optamos por ejercer la libertad de expresión que se concede a los ciudadanos judíos de Israel. Sin embargo, parece que aquí, en nuestra una de tantas falsas democracias de Oriente Medio, ya no se concede ni siquiera esta libertad, ni siquiera a los hijos privilegiados de la sociedad.

No me sorprende la decisión del tribunal de condenarme, a pesar de no tener ninguna duda de que nuestras acciones de aquel día se corresponden con las definiciones más básicas y elementales del derecho de una persona a protestar.

De hecho, como señaló la fiscalía, en el momento de la protesta en bicicleta pendía sobre mi cabeza una pena de prisión en suspenso, tras haber sido condenado anteriormente en virtud de un artículo idéntico de la ley. Y aunque sigo manteniendo que no cometí delito alguno, era consciente de la posibilidad de que, en virtud de la justicia israelí, se me impusiera la condena condicional.

Debo añadir que si Su Señoría decide seguir adelante e imponerme la pena de prisión suspendida, iré a la cárcel de todo corazón y con la cabeza bien alta. Creo que será el propio sistema judicial el que deberá bajar los ojos ante el sufrimiento infligido a los habitantes de Gaza, al igual que baja los ojos y aparta la vista todos los días cuando se enfrenta a las realidades de la ocupación.

—Jonathan Pollak

## **ENSAYOS Y REFLEXIONES**

## NABI SALEH EN IMÁGENES

La carretera de Tel Aviv a Nabi Saleh es larga y sinuosa, y las colinas del camino están hechas para la poesía.

Los quinientos habitantes de este pequeño pueblo, no lejos de Ramala, salen todos los viernes a protestar contra la ocupación israelí y los colonos que les han robado el manantial. Marchan juntos, adultos y niños, acompañados por activistas de la solidaridad internacional e israelí, para enfrentarse a los soldados que siempre están ahí bloqueando el paso al manantial.

Estamos en la plaza principal del pueblo mientras la gente se reúne para la manifestación.

Es la primera vez que vengo a Nabi Saleh y estoy más que asustada. La mayor parte de lo que he oído sobre el pueblo fue en clases de primeros auxilios, así que sé todo sobre los diferentes tipos de heridas que se pueden esperar, pero nada sobre la gente. Bassem Tamimi se acerca y se presenta.

Su cálida bienvenida pasará por mi mente cada vez que vea su cara en las fotos del tribunal militar y la cárcel después.

Mientras iniciamos la marcha, mi amiga Tal me habla de las protestas y me muestra vías de escape. Una lluvia de botes de gas lacrimógeno la interrumpe bruscamente, poniendo esas vías de escape en uso inmediato. Volvemos a marchar. Esta vez, en lugar del silbido de los botes, oímos el «pak pak» de las balas. Ella me dice: «Goma», y echamos a correr. Mientras jadeamos detrás de una casa convenientemente situada, nos miramos y admitimos: «Eran balas reales». Bienvenidos a Nabi Saleh.

Es el final del invierno. El ejército ha bloqueado todas las carreteras a Nabi Saleh, así que caminamos por los campos y subimos la colina que lleva al pueblo. Las flores están floreciendo en amarillo y rojo y púrpura, y con toda esta belleza alrededor el propósito de este viaje se olvida momentáneamente. Pero al llegar al pueblo, los soldados ya están dentro y hay gas en la plaza principal.

Llueve a cántaros, lluvia de verdad para variar. Nos refugiamos en una de las casas cuando entra una chica y grita: «Se han llevado a Uday». Todos salimos corriendo. En la plaza hay un jeep militar. Uday está sentado dentro. Hay soldados alrededor. Dos docenas de nosotros nos sentamos delante del jeep, bloqueándole el paso. Tras varios minutos, los soldados dicen: «Quien no se mueva será arrestado». Permanecemos sentados. El suelo está mojado, y los niños

del pueblo se acercan y nos ofrecen trozos de cartón recortados de cajas en los que podemos sentarnos. Nos apretamos contra ellos. Un soldado señala a uno de los activistas que conocen bien, y le dice al otro: «Ese es Kobi, lleváoslo, podéis arrestarlo cualquier día». Así que vienen y se lo llevan. No se resiste, aunque algunos intentamos interponernos. Sin embargo, cuando intentan coger a la chica que se sentaba a su lado, la rocían con gas pimienta a ella y a todos los que intentan detenerlos. Mientras la gente yace en el suelo, agarrándose la cara y gritando de dolor, los soldados empiezan a disparar gases lacrimógenos.

Mientras nos ocupamos de atender a los heridos, el jeep militar se aleja, llevándose a dos israelíes detenidos, junto con Uday, de dieciséis años. Los israelíes fueron liberados ese mismo día. A Uday le costó otros ocho meses.

Los soldados bloquean la protesta. Varias decenas de personas nos colocamos frente a ellos. Hurriyah dirige los cánticos. Se acerca todo lo que puede al soldado que se le opone. «Ihtilal», canta. «¡Thawra!», respondemos. «¡Ihtilal!» «¡Thawra!» «¡Al Jidar!» «¡Thawra!» A las palabras «ocupación», «asentamientos» y «el muro», ofrecemos la misma respuesta: «revolución». Los cánticos se suceden durante largo rato, hasta que un soldado lanza un bote de gas en medio de nosotros y el grupo se disuelve en su prisa por huir. Me escondo detrás de la valla de una casa cercana, en la misma línea que los soldados. No van a gasear esta

zona. Entonces vuelvo y junto con otro amigo empiezo a gritarles: «¿Os sentís valientes?».

«¿Os sentís héroes?» «Mucho respeto, habéis conseguido dispersar a un grupo de personas que gritaban consignas», y así sucesivamente. Dos niñas vuelven por el camino. Se detienen al llegar junto a los soldados. Se ponen a cantar. «Mawtini, Mawtini», cantan. «Mi patria, mi patria», el himno palestino, entonan dos niñas de seis años frente a una docena de soldados completamente armados.

Cantan con vocecillas infantiles, pero sus palabras suenan alto y claro, y de detrás de ellos empieza a llegar más y más gente, hasta que todo el grupo que se dispersó por el gas se queda allí resonando: «Mawtini». Cuando termina la canción, el grupo se divide en otro, y le sigue otro. Fue necesario un chorro azul de apestosa agua podrida procedente del cañón del ejército para poner fin al canto y hacer que todo el mundo echara a correr de nuevo. En el aire, las voces permanecieron.

Estoy sentado en un café de Tel Aviv con unos amigos. Hemos elegido pasar este viernes en Tel Aviv para sostener pancartas de la campaña de boicot, desinversión y sanciones en la marcha por los derechos humanos. Entre bocadillos y café, sigo los tuits de Nabi Saleh en mi teléfono.

Cartuchos de gas lacrimógeno disparados directamente contra los manifestantes, balas de goma, heridos leves, nada

fuera de lo normal. Pero, de repente, se desata la histeria en Twitter. «Hay un herido grave en Nabi», les digo a mis amigos. Leo los tuits en voz alta. Dicen herido en la cabeza, dicen alcanzado directamente por un bote de gas lacrimógeno desde corta distancia, dicen Mustafa Tamimi y sangre por todas partes. No dejan mucho lugar a la esperanza. Puedo oírlos gritar a través de la pantalla de mi smartphone, puedo ver la sangre, y no hay nada que pueda hacer salvo compartir la información, y rezar, pero no tengo nada a lo que rezar.

Estoy bastante segura de que he hecho algunos planes para la noche. No recuerdo cuáles eran. Se supone que debería estar escribiendo mi trabajo del curso; en lugar de eso, escribo actualizaciones de Facebook y leo tuits.

Sigo las actualizaciones durante la comida del viernes con mi familia, y me siento frente al ordenador hasta bien entrada la noche. A medida que avanza la tarde parece que hay motivos para el optimismo. Los informes del hospital dicen que parece que va a salir adelante, sin daños cerebrales, e incluso podrían salvarle un ojo. Sin embargo, viendo la foto de su lesión en Facebook, parece bastante improbable, pero quiero creerlo.

Me voy a dormir con Leonard Cohen cantando «Aleluya», la única oración que conozco. Llega la mañana, cojo el teléfono y el primer tuit que veo lo dice todo: «Mártir

Mustafa Tamimi». Aún no he abierto del todo los ojos, pero ya los tengo llenos de lágrimas.

Nos unimos al cortejo fúnebre. Hay banderas y consignas en su camino hacia el pueblo, pero sobre todo hay lágrimas. Una mujer se desmaya. La gente camina y se agarra. Todo el mundo parece tan... destrozado. Mi dolor se mezcla con la rabia, mi rabia se ahoga en el dolor. Quiero quemar algo, preferiblemente mi documento de identidad israelí. No quiero tener nada que ver con la gente que lo hizo, con la gente que mató a Mustafa, con la gente que destrozó mi querido pueblo. Dejo un trozo de mi corazón en el cementerio de Nabi Saleh, junto a Mustafa Tamimi.

Cuando termina el funeral, la gente empieza a marchar por la ruta más conocida. Los Shabab encabezan la marcha hacia el manantial, y todo el mundo les sigue. Viernes o domingo, protesta o funeral, los soldados reaccionan igual. Muy pronto el gas lacrimógeno llena el aire, los ojos vuelven a estar llorosos y el viento lleva el olor del agua podrida hacia el pueblo.

Tenemos que volver a casa. Antes de irnos, me dirijo a casa de Mustafa para dar el pésame a Ikhlas, su madre. Un coche se detiene junto a la casa.

En su interior se sienta Uday, el hermano de Mustafa, que estaba en la cárcel desde aquella manifestación de entonces. El tribunal militar accedió a liberarlo unos días

antes de la fecha prevista debido a la muerte de su hermano, pero liberarlo a tiempo para el funeral habría sido demasiado amable para ellos. Al salir, cae en brazos de Louai, su gemelo, y ambos lloran desconsoladamente. Los sigo hasta la casa, pero cuando Ikhlas abraza a Uday y empieza a llorar en su hombro, me alejo. No quiero molestar y, además, no sé qué decir.

Es mi primer viernes en el pueblo desde el funeral de Mustafa, y es el viernes después de Navidad. Entramos corriendo en casa de Bilal y cerramos la puerta justo a tiempo para bloquear la nube de gas que nos persigue. Ma'ath y yo nos sentamos juntas y nos ponemos al día en Twitter mientras esperamos a que se despeje el aire exterior para poder reincorporarnos a la protesta.

Jana, de siete años, se pasea por la casa tocando la campana de Navidad y suplica a su madre permiso para vestirse con su traje de Papá Noel. Sólo puede llevar la chaqueta y la barba. Salta por la casa tocando la campana y cantando alegremente: «Bombardeando gas, bombardeando gas, bombardeando todo el camino, bombardeando gas, bombardeando gas, en este día de Navidad, yay», y no sabemos si nuestros corazones estallan o se rompen.

Estoy sentada en casa de un amigo intentando leer libros para mi seminario. Estoy en medio de una pausa de Internet. Ha sido un mal domingo. Los soldados se llevaron a Bilal el

viernes, y las esperanzas de su liberación parecen escasas. Parece que no hay más que malas noticias por todas partes. Pero entonces veo una foto. Una foto de mujeres palestinas sentadas junto al manantial de Nabi Saleh, y el pie de foto de Abir Kopty dice: «Por primera vez en dos años, un grupo de mujeres palestinas fue al manantial de Nabi Saleh y pasó allí el día. El manantial fue tomado por colonos hace dos años bajo la protección del ejército y el Estado. Viva Palestina y las mujeres palestinas». De repente, el día se ha iluminado y el peso sobre mis hombros se ha aliviado. Y una vez más, las mujeres de Nabi Saleh me enseñan esperanza.

–Leehee Rothschild

## **GAS LACRIMÓGENO Y TÉ**

Las posiciones políticas verdaderamente marginales pertenecen a una categoría de ideas que se consideran locas o irresponsables. La primera etiqueta no suele requerir argumentos, pero la segunda se apoya en un argumento que no puede descartarse de plano. Según esta afirmación, cuando una postura está lo suficientemente marginada se convierte en contraproducente. En su lugar, se insta al loco responsable hacia la posición responsable, a menudo contradictoria. Esta exhortación es posible cuando los términos básicos de la discusión están suficientemente distorsionados, por lo que resulta útil echarles otro vistazo.

### **Cuando el antirracista es incomprensible**

Israel prácticamente ha completado lo que denomina una barrera de seguridad (el muro) en Cisjordania. El impacto de este proyecto de construcción, el mayor de la historia de

Israel, sólo puede entenderse en relación con otras políticas y prácticas israelíes en Cisjordania: decenas de puestos de control con personal, literalmente cientos de barreras físicas y políticas de cierre y toque de queda. En conjunto, imponen un elaborado sistema de restricciones a la circulación de todos los palestinos de acuerdo con normas en constante cambio que no se publican y que, por tanto, son casi imposibles de impugnar legalmente.

Estas y otras políticas dividen los territorios palestinos en lo que se denomina «unidades territoriales» en la jerga de las FDI. Más que ninguna otra política o práctica israelí anterior, el muro, si se completa según lo previsto, hará que la partición de Cisjordania sea permanente e irreversible.

El espectro de la oposición israelí al muro, desde los liberales hasta los radicales, se divide en tres categorías principales. La primera categoría, la posición de principios, se opone al muro porque es una política que castiga a la gente por ser palestina. Su alternativa, la segunda categoría, se opone al muro alegando que no es una forma eficaz de lograr su objetivo declarado de proteger a los israelíes, ya sea porque no proporciona seguridad o porque un muro más humano podría ofrecer la misma cantidad de seguridad. Estas dos categorías son diametralmente opuestas en el sentido de que criticar el muro por ser ineficaz es implicar que si el muro hubiera sido eficaz, habría sido legítimo. La tercera categoría es una variación de la segunda. Contiene llamamientos a la construcción del muro en la línea verde,

pero omite de forma crucial la condición de que Israel retroceda hasta la línea verde. Esta postura es la común en el centro–izquierda israelí y forma parte de la plataforma de Meretz, el partido socialdemócrata israelí.

**La diferencia entre la primera y la tercera postura es algo más que una cuestión del trazado no previsto del muro.**

Sin una retirada israelí de Cisjordania, aunque el muro se hubiera construido en la línea verde como deseaba Meretz, habría facilitado el enjaulamiento de los palestinos por otros medios. Con el ejército israelí permaneciendo a ambos lados del muro, la libertad de movimiento de los palestinos podría haber seguido estando cada vez más limitada por puestos de control, carreteras restringidas y vallas internas. Un control tan estricto no habría sido posible sin un muro que impidiera el acceso de los palestinos a Israel, aunque ese muro estuviera en la línea verde.

Que yo sepa, la oposición de principio al muro no se ha expresado en absoluto en la prensa israelí, y rara vez ni siquiera en declaraciones de la izquierda radical. El dilema para los radicales israelíes que se enfrentan a una marea de apoyo al muro es entre presentar un argumento inherentemente racista y arriesgarse a ser excluidos de la corriente dominante.

Para ilustrar mejor lo que significa criticar el muro por cualquier motivo que no sea una oposición de principios, consideremos la reacción a la idea de imponer a los judíos un régimen similar al impuesto a los palestinos. La magnitud de la reacción a esa hipotética sugerencia puede medirse por la respuesta a una restricción conexas propuesta para el Estado judío. Esa propuesta es la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU, que, de aplicarse, impediría al Estado judío gobernar sobre los palestinos en los territorios ocupados.

El Ministro de Asuntos Exteriores de Israel, Abba Eban, respondió a la Resolución 242 afirmando: «Hemos dicho abiertamente que el mapa nunca volverá a ser el mismo que el del 4 de junio de 1967. Para nosotros, se trata de una cuestión de seguridad y de principios. El mapa de junio equivale para nosotros a inseguridad y peligro. No exagero cuando digo que tiene para nosotros algo del recuerdo de Auschwitz». Siguiendo a Eban, la derecha israelí suele referirse a las fronteras de Israel de 1967 como «fronteras de Auschwitz».

Además, considérese la idea de que las restricciones a los judíos estarían justificadas por la existencia de una «amenaza judía». Tal discusión debería rechazarse de plano, en su totalidad, por ser extremadamente racista. Afirmar que una supuesta amenaza judía podría tratarse de otro modo socavaría un rechazo tan inequívoco. De hecho, incluso la mera alusión a una amenaza judía en términos

como «bolchevismo judío» presenta a quienes la utilizan como antisemitas. Por lo tanto, seguir argumentando a favor de una forma más eficaz de hacer frente a dicha amenaza supone aceptar una de las dos premisas racistas que pueden subyacer en ella, a saber, que todos los judíos son responsables de las acciones de algunos judíos, o que incluso si no lo son, sigue siendo legítimo castigar a judíos inocentes. La primera de estas premisas es la postura oficial del Estado de Israel, cuyos dirigentes han declarado en repetidas ocasiones que el Estado judío pertenece no sólo a sus ciudadanos, sino también al pueblo judío en su conjunto.

**Sólo quienes se consideran inmunes a las acusaciones de antisemitismo pueden hacer tal afirmación. De lo contrario, estos términos serían rechazados y condenados.**

Esta reacción debe tenerse en cuenta cuando se trata de racismo contra los árabes. Por poner sólo uno de los innumerables ejemplos, parece aceptable que un importante periódico israelí titule la portada de su sección de fin de semana «La amenaza beduina» en grandes letras rojas sobre una foto de niños pequeños en un vertedero. Además, mientras que una discusión sobre el bolchevismo judío se entiende inmediatamente como racista debido a que implica a todos los judíos, no se da el mismo tratamiento al término ampliamente utilizado «terrorismo islámico». La aceptación casi universal de estas frases racistas es la razón

por la que oponerse al muro por motivos de principios resulta incomprensible en los medios de comunicación israelíes o se ve como un apoyo al asesinato de israelíes. Los israelíes que se oponen al muro suelen argumentar en la línea de la alternativa a la posición de principios. Sin embargo, cuando lo hacen, es una concesión al supuesto racista que subyace a esa noción.

## **Dilemas del privilegio**

La labor de los medios de comunicación y, en menor medida, otros llamamientos a la opinión pública plantean un dilema entre oponerse al muro por motivos de principios y marginación, o ceder a los supuestos racistas que subyacen a las alternativas. Naturalmente, la interacción con otras instituciones israelíes, desde el Tribunal Superior de Justicia de Israel hasta las tropas de infantería, presenta predicamentos paralelos.

En varios casos, en lo que podría parecer una victoria, el Tribunal Superior ordenó que se cambiara el trazado del muro. Casi sin excepción, estas decisiones también sentaron precedentes que legitimaron secciones mucho mayores del muro. Independientemente del efecto sobre el muro, apelar a un tribunal que aprobó la ejecución de palestinos sin juicio es una concesión repulsiva. Una apelación al tribunal también podría proporcionar falsas esperanzas y desactivar

una lucha popular que, de otro modo, sería más militante. A pesar de ello, los palestinos directamente afectados por el muro presentaron decenas de recursos ante el Alto Tribunal.

No es difícil entender que se plantee un dilema similar con respecto a los contactos con otros niveles de funcionarios o soldados israelíes. Por ejemplo, a menudo es posible que los activistas (especialmente los israelíes) entablen una forma de negociación in situ con los soldados sobre «concesiones» menores, como que se les conceda permiso para manifestarse en un lugar determinado. Por un lado, dichas negociaciones pueden reducir el riesgo físico para los manifestantes o ganar algo de tiempo; por otro, el acto de negociar reconoce la autoridad del ejército, además de ofrecer un pretexto para atacar la manifestación cuando no se cumpla el «acuerdo». Como en el caso anterior, el proceso de negociación también sirve para desactivar el impulso de una manifestación o marcha.

Lo que está menos aceptado es el hecho de que existe el mismo tipo de dificultad incluso en la cooperación entre activistas palestinos e israelíes en Cisjordania. La posición privilegiada de los israelíes significa, por ejemplo, que tienen un mayor acceso a los medios de comunicación y la posibilidad de moverse con mucha más libertad, además de enfrentarse a un riesgo legal y físico mucho menor. Esto tiende a aumentar la influencia que los israelíes tienen en las decisiones sobre una lucha que afecta considerablemente más a sus homólogos palestinos. En otras palabras, incluso

cuando se utiliza el privilegio israelí para el propósito de la lucha hay una concesión. Es decir, en cierto sentido, el privilegio se amplía también en la lucha.

Incluso la interacción social puede ampliar el privilegio israelí. La relativa libertad de los israelíes eleva su posición social, y los lazos sociales creados en estas condiciones lo reflejan, perpetuando así el privilegio. Al menos hasta cierto punto, esto se aplica incluso a los vínculos sociales entre activistas israelíes y palestinos. Este fenómeno es una faceta de lo que en la sociedad palestina se denomina «normalización». Tal y como yo lo veo, este término significa que cualquier interacción que los palestinos lleven a cabo con los israelíes, ya sea con el propósito más positivo, mientras las condiciones son tales que Israel ocupa Palestina, contiene en sí misma un grado de ajuste a estas condiciones y, en cierto modo, incluso su extensión.

Esta sensibilidad se debe en parte al hecho de que algunas de las políticas israelíes más perjudiciales se describieron como medidas de fomento de la confianza o procesos similares, acompañadas de promesas de buenas intenciones israelíes.

Existe una idea opuesta, según la cual la interacción entre israelíes y palestinos –y, en particular, la interacción social– puede eliminar el miedo y la desconfianza mutuos, supuestamente la causa fundamental del conflicto. Otra variante de esta idea, que me parece más realista, es que las

interacciones sociales son valiosas porque refuerzan la base de una lucha conjunta. El valor, incluso la propia justificación, de la acción política conjunta debería sopesarse teniendo esto en cuenta. La cuestión queda quizá ilustrada en la elección que hacen los israelíes cuando vienen a Cisjordania: si beber té o inhalar gases lacrimógenos en una manifestación.

Un miembro del Comité Popular contra el Muro de la localidad palestina de Bil'in expresa un sentimiento que quizá no se aprecie en los círculos más amplios de activistas israelíes.

Su mensaje a los israelíes es:

*«Cuando acabemos juntos con la ocupación, habrá tiempo de sobra para el té».*

## **La elección de los satanistas**

En Israel, como en muchas otras sociedades, el término «anarquista» se utiliza habitualmente de forma despectiva, y su sinónimo más exacto es probablemente «satanista». La asociación satánica sirve en realidad a dos propósitos: libera a AAtW de consideraciones sobre su imagen pública, que tiende a paralizar la acción política, y lo que es más importante, demuestra la intención del grupo de establecer su propia agenda. Esto a su vez fortalece al grupo, ya que

ofrece a sus miembros y miembros potenciales la opción de actuar de acuerdo con su opinión honesta, en lugar de adoptar una posición comprometida en un debate cuyos términos son dictados por otros.

Otro aspecto singular del trabajo de AAtW es la lucha conjunta que libra junto con los palestinos. Esto, por supuesto, no está exento de dificultades.

Es difícil esperar que los palestinos acepten y confíen inmediatamente en los israelíes. Además del temor a espías y provocadores, la cooperación con los israelíes también implica un elemento de normalización: un ajuste a las condiciones de la ocupación. Los activistas israelíes también traen consigo influencias culturales que podrían no ser bienvenidas en algunas partes de la sociedad palestina. En vista de ello, y aunque no tiene una plataforma ideológica formalizada, AAtW insiste en varios principios de trabajo conjunto. El primer principio es que, aunque la lucha sea conjunta, los palestinos se ven más afectados por las decisiones que se toman en ella y, por tanto, son quienes deben tomar las decisiones importantes.

En segundo lugar, los israelíes tienen la responsabilidad especial de respetar la autodeterminación palestina, lo que incluye respetar las costumbres sociales y mantenerse al margen de la política interna palestina.

Sopesar los aspectos negativos de la normalización frente a los beneficios de los lazos sociales es una cuestión más difícil. A diferencia de las normas culturales como el comportamiento y la vestimenta modestos, sería mucho más represivo intentar codificar lo que constituyen lazos sociales apropiados, y mucho menos exigírselo a los individuos.

El único principio es la política general de respetar las peticiones de los comités populares palestinos también a este respecto.

Todo esto podría dar la impresión de que las dificultades de una lucha conjunta son mayores de lo que realmente son. Por el contrario, la lucha conjunta sólo se enfrenta a un problema principal: el Estado israelí. La atención prestada a las cuestiones anteriores pretende poner de relieve el proceso de desarrollo político que la AAtW ha atravesado junto con sus socios palestinos. A lo largo de años de intensa lucha, en ciertos momentos bajo los dilemas mencionados salieron a la superficie y tuvieron que ser abordados. Como quizás el principal contacto entre los movimientos pacifistas israelí y palestino, AAtW transmitió su experiencia al movimiento pacifista israelí y desempeñó un papel clave en su desarrollo político. En la época de los comienzos de AAtW, la idea de que los israelíes se unieran a las manifestaciones palestinas parecía increíble a la inmensa mayoría de la izquierda israelí.

Tras varios años de actividad, el número de israelíes que han participado en manifestaciones conjuntas con palestinos se cuenta por miles, e incluye a muchos que personalmente no están marginados en absoluto. Aun así, aparte de los partidos políticos con un electorado mayoritariamente árabe, ningún partido político israelí ha apoyado la lucha conjunta contra el muro.

La obligación de los ciudadanos de resistirse a los actos y políticas criminales llevados a cabo por su gobierno está reconocida en el derecho internacional, y exige a los israelíes que hagan todo lo posible por resistirse a su gobierno. Y lo que es más importante, la obligación moral de resistirse al muro resulta evidente para cualquiera que lo haya presenciado cercenando pueblos y ciudades, o que simplemente haya visto su trazado dibujado en un mapa. Mirar hacia otro lado e ignorar los crímenes cometidos en nuestro nombre, con nuestros impuestos, por los estudiantes a los que formamos o con los que mantenemos una cortés compañía, es perder parte de nuestra humanidad. Se trata de una carga a la que los israelíes están esclavizados por el miedo. En ese sentido, el acto de desobediencia y resistencia es también un acto de liberación personal, una opción abierta a todos los israelíes que quieran unirse a la lucha. La lucha de los palestinos contra quienes quieren que se marchen o desaparezcan es una lucha constante por simplemente existir. Los partidarios

israelíes se unen a esta lucha día a día, con cierto riesgo para ellos mismos.

Sin embargo, la pena más dura que pueden recibir los israelíes no incluye una vida de inseguridad económica y estar sometidos a los caprichos de los soldados ocupantes. Si esas penas no bastan para disuadir a nuestros socios palestinos, tampoco deberían disuadirnos a los israelíes.

–Kobi Snitz

## MIEDO Y ASCO EN LA ESTACIÓN CENTRAL DE AUTOBUSES

Creo que Tel Aviv no es sólo la ciudad más hermosa sobre la faz de la tierra; probablemente sea también la ciudad más hermosa que jamás pueda existir. Pero es una opinión minoritaria. Los activistas tienden a pensar en ella y en todo lo que la rodea, y en Israel en general, como algo despreciablemente atroz. Tienen razón, por supuesto: vayas donde vayas, estás rodeado de soldados.

Soldados de uniforme armados. Soldados en la reserva, que viven su vida civil, excepto durante un mes al año, cuando vuelven a ser soldados de verdad. Antiguos soldados, que piensan que tú también deberías ser soldado. Madres, padres, esposas de soldados. Gente que piensa que los soldados siempre tienen razón, que merecen un descuento del 10% en los puestos de shawarma y que nos mantienen a salvo. Soldados de la policía de fronteras en

servicio de policía civil. Ah, y está ese soldadito deprimido, alienado y que se odia a sí mismo que yo solía ser.

Y como los soldados no son sólo los que hacen el mal, sino también los que podrían arrestarte, o dispararte, o matar a tu amigo el próximo viernes, no sólo te caen mal, también te dan miedo. Pasas los días sintiéndote rodeado, deseando estar en cualquier otro lugar. Acabar en la escuela en Berlín o en algún lugar de la Costa Este.

Las pequeñas comunidades nos protegen del mundo de los soldados. Ser vegano ayuda a que el corte sea claro.

El veganismo no sólo significa no alimentarse del sufrimiento de los animales; como el judaísmo ortodoxo, también significa no comer con los gen pop de los barracones de Isra-hell. Con la infoshop, y el bar vegano-queer-punk-cult, y un par de semicomunidades, casi tenemos lo necesario para mantenernos separados a veces. No podemos evitar el fascismo y el capitalismo cada vez más rampantes, pero tenemos nuestros escondites cuando los necesitamos.

No se puede razonar con la gente que defiende a los soldados. Tienen el cerebro totalmente lavado. Los hechos no importan; mi postura no tiene sentido en sus términos. Que los judíos son una especie oprimida, cazada y en peligro de extinción es para ellos una verdad incontestable y elemental.

Que para sobrevivir, los judíos debemos golpear –golpear fuerte y primero– es lo que nos enseñan desde que tenemos edad suficiente para que nos enseñen algo. Y siempre se reduce a eso, por lo que detalles como de quién es la tierra que atraviesa el muro, y quién dijo qué en el tribunal, y quién fue el que tiró una piedra o disparó una bala, y a quién, no son nada que, en el fondo, deba importarle nunca a nadie.

Así que nos rendimos ante esta gente. Nuestras declaraciones no pretenden comunicar, sino enfurecer y mantenernos en pie. Las consignas de nuestras manifestaciones, desde un exterior sionista, parecen la expresión de un mundo al revés, que se odia a sí mismo y carece de sentido. Sin público, las manifestaciones tampoco tienen sentido para nosotros. Nunca había coreado eslóganes con auténtica pasión hasta que los grité desde el interior de un simulacro de bloque fascista, y nunca había cantado una canción de protesta con tanto fervor como lo hice «Hatikva» con una camiseta negra de corte fascista y una banda roja alrededor del brazo. La acción más espectacular de AAtW fue una manifestación durante el ataque a Gaza. Por último, nos sumamos al deseo explícito de quienes se alegran tanto de ver a civiles bombardeados (no, no civiles, sino terroristas, simpatizantes de terroristas y niños que se convertirán en terroristas): el deseo de que los traidores anarquistas simplemente se mueran.

Mi propio activismo surgió a raíz de los reportajes de la prensa local de Einat Fishbein sobre los nuevos residentes

de Tel Aviv. En 1993, la estación central de autobuses de Tel Aviv –la mayor de todo Oriente Próximo, la mayor de todo el mundo, excepto Nueva Delhi–, que llevaba años en construcción, se terminó por fin. Devastó un barrio ya en ruinas.

La población judía más antigua, de ascendencia árabe y caucásica, había sido desalojada, estaba emigrando o se estaba extinguiendo.

Las chabolas de hojalata y madera de los años 30 aún sobreviven en un pequeño enclave sobre una colina, pero las diminutas casitas adyacentes con sus inquilinos protegidos ahora están en pie para ser sustituidas por bloques de oficinas. Los trabajadores emigrantes filipinos se mudaron a los sombríos proyectos industriales rehabilitados y a las poco gloriosas cajas Bauhaus que siguen cayéndose a pedazos alrededor de los arcos rotos del mercado: lo que queda del fantasma de la Palestina del pasado. Con el tiempo, se volvió demasiado inquietante para los filipinos y se marcharon.

Ahora la mayoría son refugiados sudaneses y eritreos. Los palestinos siguen pasando, con el perfil bajo, tratando de evitar encuentros desagradables con las patrullas de la policía fronteriza.

Ahí empezó mi activismo, que implicaba una elección. Elegí a los trabajadores migrantes. Alienado por la soldadesca

israelí, elegí a las víctimas de la explotación estatal, que viven bajo una espada que pende de un precario hilo de estatus legal, de modo que incluso los llamados trabajadores legales pueden ser deportados de la noche a la mañana. Más tarde, mi activismo se fue diversificando. El parche verde local (donde duermen los sin techo de todos los credos y naciones, no muy lejos de donde comparto coche todos los viernes para manifestarme en Cisjordania) acogió nuestro campamento de tiendas de justicia social J14, el verano antes de que empezara Occupy Wall Street.

Al principio, cuando me uní a las acciones en Cisjordania, todavía tenía más miedo de los malvados palestinos que me acechaban que de los soldados que suponían una amenaza real para mi bienestar. Pero el activismo resultó ser una pendiente resbaladiza. Cuanto más activo era, más sabía sobre el mercado y el Estado. Cuanto más sabía sobre el mercado y el Estado, más alienado me sentía por la sociedad en la que vivía. Cuanto más alienado me sentía, más me retiraba de la vida de los homosexuales dominantes de Tel Aviv y más me adentraba en la escena anarcoactivista.

Al otro lado del río desde la estación central de autobuses (es decir, al otro lado del más o menos imaginario río Ayalon) se encuentra Kfar Shalem.

Kfar Shalem (el homónimo hebreo del pueblo palestino de Salame) fue donde los inmigrantes judíos yemeníes, que se habían alojado en casas abandonadas por los refugiados

palestinos, fueron desposeídos y desalojados cuando el Estado que los había colocado allí decidió, sesenta años después de los hechos, que no tenían derecho a sus casas y que debían dejar paso a los empresarios inmobiliarios. Muchas de las personas que solían acudir a las manifestaciones en Cisjordania estaban organizando acciones con los inquilinos que estaban a punto de ser expulsados: inquilinos que pertenecían a la misma nación soldado que tanto aliena a los activistas. Solidarizarme con personas que hablaban mi idioma, compartían mi ciudadanía y servían en mi ejército me resultaba más extraño que solidarizarme con los palestinos y los trabajadores inmigrantes. Cuando me encuentro con el nacionalismo o el chovinismo palestino, me resulta fácil dejarlo de lado diciéndome a mí mismo que mi solidaridad es con su lugar como víctimas de la ocupación israelí, y que yo, un ocupante, un participante en la violencia que permite gran parte de este nacionalismo y chovinismo, no puedo emitir juicios. Criticar desde mi posición no servirá de nada; sólo reafirmará mi posición de hombre blanco que sabe más y pretende hablar desde un terreno moral más elevado. Mi lugar, entonces, es expresar solidaridad con sus luchas en sus términos, especialmente (pero no sólo) cuando estas luchas desafían el nacionalismo y el chovinismo, construyendo el andamiaje para nuestras futuras luchas comunes por una vida mejor juntos más allá de la ocupación. Pero cuando se trataba de mis compatriotas judíos israelíes de Kfar Shalem, sentía que su agenda nacionalista y

conservadora era algo que debía rechazar, porque era el tipo de agenda con el que yo lidiaba a diario. En Kfar Shalem, me solidarizaba con personas que estaban lo suficientemente cerca como para alienarme.

Sé que este análisis es erróneo a muchos niveles. Pero así es como me sentí. Y en muchos sentidos, a pesar de las racionalizaciones y la deconstrucción de la identidad, así es como se sigue sintiendo tan a menudo.

La represión étnica y las diferencias de clase que me separan de muchos de los habitantes de Kfar Shalem no hacen que retenga mis críticas basadas en el privilegio como lo hace la diferencia de ocupación entre los palestinos y yo. El modo en que mi educación, mis ingresos y mis prebendas de hombre blanco hacen posible el nacionalismo religioso en Kfar Shalem no parece excusar los vicios locales de sus habitantes como ocurre con los palestinos, los inmigrantes o los refugiados. La xenofobia y el chovinismo que veo en Kfar Shalem se parecen tanto a aquellos con los que crecí, a aquellos en cuyos términos sigo pensando con demasiada frecuencia, a aquellos que me tocan tan de cerca, que no puedo contenerlos.

Cuando los izquierdistas radicales de Israel nos solidarizamos con los judíos israelíes, a menudo tenemos la fantasía de encontrar un héroe de la clase trabajadora, preferiblemente una mujer, que a pesar de no haber tenido el tipo de educación y socialización que nos enseñó a ver

Israel/Palestina como nosotros, sin embargo, intuitivamente coincidiría con nuestros puntos de vista políticos ganados con tanto esfuerzo.

Estaría orgullosa de su herencia como mizrahi (judía de ascendencia árabe), sería una feminista intransigente, vería el sionismo como un movimiento de desposesión colonial elitista blanca y, sin embargo, estaría arraigada en su comunidad, llevándola a levantarse y resistir. Pero esta heroína de la clase trabajadora casi nunca está allí. Si está ahí, suele estar tan alienada de la comunidad que se supone que debe liderar como yo lo estoy de mi propio entorno de clase media, los sionistas de Ashkenaz. Y entonces nos apresuramos a detectar sus pequeños racismos, clasismos y conservadurismos, y cae en desgracia. Sus pequeños defectos son fáciles de detectar; está lo bastante cerca de nosotros como para que veamos en ella lo que tanto nos cuesta fingir que hemos superado.

Lo que me devuelve a ese espejo alienante: los asquenazíes de clase media (o aquellos que se han afianzado tanto en la clase media israelí que ya no tienen una etnia marcada, y a veces proyectan esta «hazaña» en los demás, afirmando falsamente que las divisiones étnicas judías ya no son una barrera en Israel). Tras el fracaso del proceso de Oslo, la izquierda radical abandonó la poca fe que tenía en la destrozada izquierda sionista. Los izquierdistas sionistas pasaron a ser vistos como indistinguibles del centro-derecha sionista. Y cuando finalmente, en 2010, algunos

izquierdistas sionistas resurgieron en torno al movimiento Solidaridad Sheikh Jarrah, el encuentro no funcionó.

Solidaridad Sheikh Jarrah era un movimiento que reaccionaba ante la ocupación de viviendas palestinas por colonos en Jerusalén Este. Su retórica señalaba 1967 como la línea divisoria. Su opinión implícita era que el colonialismo sionista estaba justificado hasta 1967, que la usurpación de propiedades palestinas al otro lado de la línea del armisticio de 1949 (la frontera efectiva hasta la guerra de 1967) constituía el pecado israelí primigenio. Esta opinión acompaña a la de una visión de dos estados y ningún derecho de retorno para los refugiados palestinos. Es una postura que la clase media asquenazí suele encontrar fácil de respaldar. No califica de errónea la construcción histórica del Estado por parte de esta clase; no reconoce su explotación y opresión de los judíos mizrahi y los palestinos como afines en modo alguno; y no exige que esta clase pague un precio.

Son estrictamente los colonos de derechas los que tienen la culpa y, por tanto, deben renunciar a sus hogares, mientras que la colonización económica por parte de la clase media continuaría sin duda en forma de «cooperación económica bilateral» tras la formación de un Estado palestino.

Solidaridad Sheikh Jarrah fue una oportunidad para tender la mano a la izquierda sionista. Pero pocos en la Izquierda

radical consiguieron adherirse para un esfuerzo a largo plazo. Lo que muchos de nosotros vimos en Sheikh Jarrah fue la mentalidad del soldado, el llamado síndrome de disparar y llorar: instigar a la violencia y luego lamentar su impacto en nuestras propias almas tiernas.

El movimiento tuvo un apogeo bastante impresionante y algunos logros sólidos sobre el terreno, pero ahora está menguando mientras busca un camino. Muchos de los sionistas no se quedaron. Nosotros, los radicales, observamos, hacemos autopsias sobre las tácticas y seguimos diciéndonos a nosotros mismos lo acertados que hemos estado todo el tiempo.

Entonces surgió el movimiento J14. Empezó como una protesta contra el alquiler en Tel Aviv y explotó inmediatamente convirtiéndose en un movimiento de justicia social. Cientos de tiendas de campaña en el campamento principal de Tel Aviv, docenas de otros campamentos de tiendas de campaña por todo Israel y cientos de miles de personas marchando juntas en lo que pueden haber sido las mayores manifestaciones de Israel de la historia.

Pero lo que los izquierdistas radicales vieron allí fue la cultura popular de los festivales de música y los viajes alrededor del mundo después de la guerra de los jóvenes que se despejaban la cabeza en ese dulce limbo entre oprimir a los palestinos y enjaezarse en la máquina

capitalista que los convertiría en carne de cañón para los puestos de trabajo de las empresas.

La unidad era el nombre del juego. El grito popular era «revolución», pero exigir la dimisión del gobierno se consideraba innecesariamente divisivo (y de hecho, dado que todos los gobiernos israelíes, tanto de izquierdas como de derechas, oprimían a los palestinos y aplicaban una política económica favorable a las élites, cambiar el gobierno probablemente no tendría sentido).

Se suponía que la protesta debía unir a la izquierda y la derecha, por lo que hablar de la ocupación era tabú. El movimiento buscaba la unidad por encima de cualquier otra cosa, una solidaridad israelí mítica que se supone que existió en los primeros tiempos de antaño.

Algunos izquierdistas radicales optaron por unirse al campamento de protesta palestino en Jaffa, el patio trasero de Tel Aviv ocupado por ciudadanos palestinos de Israel, en lugar de enfrentarse a la colonia de ex soldados israelíes en el centro de la ciudad. Algunos llevaron Jaffa al centro de Tel Aviv como la «carpa de 1948», que intentaba transmitir la historia palestina a los manifestantes judíos. Algunos optaron por acampar junto a la estación central de autobuses, formando un pequeño campamento de tiendas que albergaba a judíos israelíes locales junto con refugiados que vivían en la calle y drogadictos. Me sentí más cómodo allí que en el centro de Tel Aviv. El campamento de la

estación central de autobuses era violento, desordenado y disfuncional, pero me permitía solidarizarme con los «otros» en lugar de enfrentarme a mi «propia» comunidad de iguales.

Era muy difícil comunicarse con la gente del campamento, pero yo tenía la culpa de las barreras lingüísticas, culturales y de clase. En el centro de Tel Aviv, la única barrera sería la de la alienación, que es, aparentemente, una barrera que me resulta mucho más difícil cruzar.

Me encanta Tel Aviv. A diferencia de la mayoría de los activistas que me rodean, no me veo viviendo en otro sitio. Pero no puedo enfrentarme a Tel Aviv. Sigo la corriente dominante de Tel Aviv, disfrutando de mis amigos, la cultura, el clima y la misteriosamente hermosa arquitectura en ruinas (y aún más hermosa por estar en ruinas). Pero para mi activismo voy a la estación central de autobuses. Prefiero separar mi activismo de mi vida cotidiana en la ciudad. Actúo en solidaridad con personas cuya difícil situación tiene que ver con mis privilegios. Puesto que soy parte de su problema, no tiene sentido que sea condescendiente con ellos por cómo van mal sus comunidades; mi papel es trabajar en solidaridad cuando luchan por mejorar las cosas. Con quienes comparten mis privilegios aunque no mi política, con aquellos cuyos males están tan densamente entrelazados con los míos, siento que no tengo suficiente lenguaje común para hablar de lo que va mal.

Hace poco cambié de función en la organización no gubernamental de defensa de los derechos de los trabajadores, donde solía defender los derechos de los trabajadores inmigrantes. Ahora doy información sobre derechos laborales a trabajadores ciudadanos israelíes desfavorecidos.

Quizá sea otra forma de no hablar con mi propia comunidad sobre la ocupación. Pero quizá algo empiece a ceder.

–Roy Wagner

## CORRIENDO CON LOBOS

El mayor éxito de Anarquistas contra el Muro es nuestra capacidad para analizar honestamente nuestro privilegio judío (seamos judíos o no) dentro del sistema de ocupación militar y apartheid de Israel. Asumir esta responsabilidad – admitir nuestra posición privilegiada dentro del sistema de apartheid y actuar sobre esa premisa según lo exijan las situaciones cotidianas– nos permite crear vínculos políticos entre nosotros. Sin embargo, estos vínculos, que forman el grupo en el que actuamos juntos, a menudo permanecen meramente en el ámbito político y se alejan de lo personal. No son amistades (aunque a veces las haya), no dan cabida a nada de tipo emocional, y para mí ese puede ser el problema.

A lo largo de los años de mi activismo con AAtW, me ha quedado más claro que existe una fuerte tradición de «lobo solitario autosuficiente» en el grupo: el activista que sólo trabaja en el contexto de un equipo o grupo por falta de

recursos funcionales. Esta tendencia está arraigada en la noción de que tenemos que «profesionalizar» nuestras relaciones con los demás dentro del grupo, saber lo menos posible los unos de los otros y no detenernos en nada más que lo necesario para el análisis político.

A primera vista, se trata de un enfoque «pragmático» que nos permite ser eficientes y orientarnos hacia los objetivos.

Sin embargo, creo que este enfoque no sólo erosiona nuestra capacidad de funcionar como individuos dentro de un grupo y como grupo, sino que también es lo contrario de la visión anarquista que muchos de nosotros mantenemos.

Cuando hice mi primer viaje con AAtW a Bil'in, no pensaba en socializar.

Pensaba: «Debo dar testimonio de la opresión del pueblo palestino». El destino quiso que conociera a gente extraordinariamente agradable, con el valor añadido de la política anarquista. Llegaría a querer y a preocuparme por estas personas, y compartiríamos momentos que amenazaban la vida, que la alteraban, que suponían un reto intelectual y que eran sencillamente emotivos. Escribo este artículo porque creo que existe una relación directa entre la comunidad y la capacidad de sobrevivir como grupo de acción.

Lo escribo para que otros grupos de acción y los individuos que los componen no se erosionen a sí mismos como resultado de la falta de intersolidaridad, que en mi opinión es clave para la autopreservación y –como tal– nuestra supervivencia.

## **No he venido aquí a hacer amigos**

Durante los cuatro años que he participado y sigo participando activamente en AAtW, la cuestión de los «individualistas» en nuestro grupo ha sido un tema popular de especulación y teorización. Se ha considerado de todo, desde el postrauma, la misantropía, el síndrome de Asperger, la timidez, la torpeza social, y el buen asshole pasado de moda.

En este artículo escribo mi análisis final: el machismo.

Dado que defino el feminismo como un prisma desde el que analizamos la lucha de las mujeres, deduzco que no ser feminista no es anarquista. Y este punto –lo descubro constantemente– es una espina perpetua en el costado de las comunidades anarquistas (y de izquierda en general) de todo el mundo.

Normalmente, descubrimos que nuestros autosuficientes lobos solitarios rehúyen hablar de «cuestiones

emocionales» (es decir, de «política intergrupala») dentro del grupo, y que la excusa es siempre la misma: siempre hay un fuego que apagar primero.

La discrepancia con esta dinámica de grupo tan arraigada –la insistencia en dar prioridad a las cuestiones emocionales/política intergrupala– se topa con la marginación inmediata: disminuye la presencia en las reuniones, se hace sentir coaccionadas a las miembros de AAtW y se apresuran los debates, porque el proceso «resta energía al grupo». Desgraciadamente, este es un comportamiento sexista de libro de texto del tipo más sutil, que es –la mayoría de las veces– liderado por hombres heterosexuales, blancos/shkenazis, que son de hecho una minoría dentro del grupo.

Dicho esto, el comportamiento machista que consagra al «activista silencioso e intrépido que recibe gases y disparos y vuelve sonriente y cojeando la semana que viene a por más» se practica en todos los géneros dentro del grupo. A veces es la única manera de hacer frente a traumas recurrentes, a falta de otras salidas de apoyo, y a veces es un «comportamiento masculino» arraigado, enseñado, que se ha traído de dondequiera que cada uno de nosotros haya crecido (la sociedad israelí en general).

Tanto la mala educación como la falta de apoyo se entrelazan en un patrón circular de cultura machista y de culto al héroe, que luego nos despoja de nuestra capacidad

de crear un sistema de apoyo desde el que podamos entrar en las zonas de guerra literales en las que actuamos.

## **«¿Qué comunidad?»**

Sólo esta dinámica acabará por destruir al más comprometido de los grupos de acción.

Y aunque existe una apariencia de grupo, mi sensación es que no se trata tanto de un grupo como de una serie de personas que hacen lo mismo, a la misma hora, en el mismo lugar cada semana. Y aunque a menudo lo digo sin rodeos, quienes no le dan importancia dan voz a este sentimiento sin darse cuenta en las circunstancias más críticas.

Como en cualquier grupo de personas que se reúnen a partir de diferentes orígenes, a menudo se producen conflictos de clase. Desgraciadamente, AAtW, que destaca en el análisis de asuntos globales a través de un prisma anarquista, no ha llevado su anarquismo al siguiente nivel de analizar las relaciones interpersonales a través de ese mismo prisma.

Parece que se ha arraigado un punto de vista según el cual el hecho de que vengamos del lado judío del apartheid significa que automáticamente vivimos una vida de excesos. En realidad, sin embargo, procedemos de todas las clases

sociales, etnias, entornos socioeconómicos, géneros e identidades. Esto exige una postura matizada cuando nos enfrentamos a la cuestión de reconocer nuestras propias opresiones.

Y aunque la existencia de una diversidad de identidades, así como la interseccionalidad de las opresiones y los privilegios, se entienden bien en teoría, cuando estas identidades se afirman, nos encontramos con que no somos progresistas más que en Palestina.

Como he dicho antes, la política intergrupala se considera una cuestión emocional que resta energía al grupo. Entonces, ¿cómo resolvemos el problema de un miembro que ha sido constantemente acusado de violencia sexual? ¿O el problema de un miembro que actúa de forma irresponsable en el campo, poniendo en peligro la vida y la seguridad de los demás? ¿O el problema de alguien que «simplemente no me gusta» y, tras años de trabajo dedicado, se ve excluido de la acción? ¿O el problema más común: un miembro que sufre estrés postraumático?

Como era de esperar, volvemos la cabeza hacia «problemas más acuciantes». Y cuando se saca a colación la palabra «comunidad», nos lavamos las manos de responsabilidad con la simple y cínica pregunta: «¿Qué comunidad?».

Esta pregunta ejemplifica mi ya mencionada sensación de que, de hecho, no existe ningún grupo. Sin embargo, estos sentimientos no niegan el hecho de que exista una comunidad por defecto: somos un pequeño número de personas que llevamos más de siete años colaborando y sufriendo experiencias extremas juntos (o al menos mientras estamos en presencia unos de otros).

Así que nos quedan dos opciones: ser una comunidad de mierda cuyos miembros se castigan continuamente unos a otros (a menudo por la simple no acción de negar cortesías comunes); o ser una comunidad que hace un esfuerzo constante y continuo para crear un espacio seguro para los demás (una idea novedosa, lo sé ... ), y permite a sus miembros ser vulnerables y honestos, y cuidar unos de otros.

## **Los muros deben caer**

Es raro que nosotros, como grupo, discutamos la dinámica del poder dentro de AAtW. Es aún más raro que documentemos tales conversaciones. En su libro *Anarchy alive!* (¡Anarquía Viva!, o bien *Anarquismo y teoría política*) Uri Gordon señala la forma inadvertida en que se producen las dinámicas de dominación, a menudo «reproducidas a través de actos disciplinarios performativos en los que los protagonistas pueden incluso no ser conscientes de su

papel». Para romper estos ciclos de comportamiento, basta con asumir la responsabilidad, elegir un objetivo y pasar a la acción (otra idea novedosa... ). Dado que detener el mecanismo de defensa machista que este grupo ha adoptado colectivamente como reacción al trauma opera en un plano al que la dinámica de grupo nos prohíbe acceder, me parece que el mejor lugar para empezar es la autoeducación.

Mientras que todos estamos versados en las leyes más minuciosas relativas a las zonas militares cerradas cerca de un puesto de control específico, no hay suficientes hombres anarquistas heterosexuales que se hayan tomado el tiempo de leer sobre el sexismo como sistemas sociales/legales/militares opresivos que discriminan a las mujeres y a los queer.

De alguna manera, el análisis que relaciona la ocupación de la tierra con la ocupación de lo femenino (cuerpo e identidad) se les ha escapado por completo. Su importancia se considera secundaria, si es que se reconoce. Se presta aún menos atención a la identidad mizrahi o rusoparlante, o a las relacionadas con la edad, la discapacidad o la espiritualidad.

Dado que la falta de educación feminista (estadísticas básicas sobre violaciones, por ejemplo) es tan frecuente, he tenido que encontrar formas de comunicar el mensaje y crear traducciones para mi extraña lengua feminista. Me parece instructivo utilizar el prisma palestino de análisis para

señalar el funcionamiento del sexismo dentro del grupo, por ejemplo, equiparando a un depredador sexual con un político de derechas como Avigdor Lieberman o a quienes permiten la violencia de género (por no querer quitarle energía al grupo) con los sionistas de Paz Ahora, o vinculando mi reacción ante esa violencia con la campaña de boicot, desinversión y sanciones.

Esto, a su vez, me ha permitido reforzar la vieja afirmación feminista de que «lo personal es político», y que hablar de nuestras emociones/políticas interpersonales es tan anarquista y digno como planificar la próxima acción directa.

Curiosamente, el prisma palestino me ha protegido de las típicas etiquetas de «alborotadora», «divisiva» y «entrometida» que podrían haber surgido en circunstancias tan explosivas.

Al mismo tiempo, conectar las luchas hizo mucho por muchos de nosotros a la hora de desmontar los estereotipos machistas y los clichés que nos impiden hacer este trabajo esencial de construcción de comunidad.

Dicho esto, nuestro propio trabajo de comunidad interna acaba de empezar, y es difícil saber si la falta de interés se debe a años de decepción o a un compromiso con el anarcoindividualismo. Yo apuesto por lo primero y me comprometo con un plan de acción anarco-feminista.

## Existir es resistir

En Israel, una astuta palabra se ha colado en la lengua hebrea, hamatzáv, que se traduce como «la situación». El término se refiere a ese molesto problema de los palestinos. Aunque es mucho menos descaradamente racista que «el problema judío», por ejemplo, su efecto insidioso está en su definición más literal. Una situación es un hecho determinado, tangible e inmutable. Esta frase permite una estructura de pensamiento en la que «la situación» es una realidad estancada, y desinfla la acción antes incluso de que se nos ocurra. Peor aún, disminuye por completo la capacidad de discernir que, de hecho, la situación aquí, como en cualquier parte, está en constante cambio.

Aunque «la situación» es un invento israelí, describe con bastante precisión la situación general de desesperación que nuestro mundo violento infunde en la gente.

Dado que este mundo no se detiene a nuestra llegada para permitirnos ponernos al día, nos incumbe ponernos en marcha para sobrevivir. Esto puede sonar como una especie de razonamiento biodeterminista para una visión del mundo deprimente, pero para mí, el anarquismo no existe si no se practica la responsabilidad constante y la rendición de cuentas hacia los demás. Por un lado, eso significa que el anarquismo es necesariamente una noción ideal que nunca

puede ser alcanzada. Por otro lado, el anarquismo significa que, aunque la práctica nunca hará la perfección, seguimos intentándolo. Y eso, para mí, es una forma positiva de pasar el tiempo en este planeta.

Hace cuatro años llegué al mundo anarquista. No estaba allí cuando se creó, y heredé todas sus bendiciones y catástrofes. Con el tiempo me daría cuenta de que –a falta de bendiciones– mucho de lo que hacemos como activistas es convertir la catástrofe en oportunidad. En el frente de la solidaridad con los palestinos, documentamos la violencia del ejército para mostrar al mundo lo que ocurre aquí. En el frente de la política intergrupal, he descubierto que el empleo constante de un análisis anarquista del equilibrio de poder es indispensable. Poner las cosas sobre la mesa (o «denunciarlas»... ¡más ideas novedosas!) cuando se tuercen nos permite revisar y redefinir lo que es y lo que no es aceptable en el grupo. Esto, a su vez, da nueva forma a nuestro lenguaje, que a su vez da nueva forma a nuestra realidad, y así sucesivamente.

Mi experiencia con AAtW refuerza mi comprensión de que las dinámicas de grupo destructivas, arraigadas en normas sociales de opresión más amplias, están vivas y bien dentro de las comunidades anarquistas. La mayoría de las veces, me parece que reproducimos las banalidades del mal contra las que luchamos tan fervientemente. Creo que si simplemente nos preocupamos los unos por los otros y no condenamos la materialización de los vínculos emocionales como un

obstáculo para nuestros objetivos políticos, podríamos lograr algún atisbo de este ideal anarquista en constante cambio. Puede que sea una tesis simplista relativa a una dinámica compleja, pero creo sinceramente que debemos dejar de considerar la responsabilidad como una tarea o un precio que pagamos.

Una comunidad basada en la introspección constante es una comunidad anarquista. La responsabilidad es nuestra recompensa.

De hecho, no siempre podemos ejemplificar la rendición de cuentas en la práctica. Los miembros más débiles siempre necesitarán una forma alternativa de nivelar el terreno de juego con los miembros más fuertes, y la mayoría de las veces, la única forma de hacerlo es a través de un acto subversivo. Dicho esto, el análisis de los desequilibrios de poder ya traza la justificación de este acto. Así, la responsabilidad se establece de facto tanto para el miembro privilegiado como para el no privilegiado, y es esbozada por el no privilegiado. Participar en el análisis de la opresión en el momento en que se produce es el primer paso fundamental para asumir la responsabilidad de nosotros mismos, de nuestra opresión y de nuestra comunidad.

Me parece que mientras sigamos afirmando nuestras identidades, sigamos definiendo y redefiniendo el análisis del desequilibrio de poder y los privilegios, lo hagamos presente y nos organicemos contra él dentro de la

comunidad, creando solidaridad entre nosotros, resurgiremos de cualquier catástrofe empoderados y mejor conocidos y, como resultado, se abrirán espacios, los suficientes para que podamos empezar a arañar la superficie de nuestro trauma colectivo.

–Tali Shapiro

## AQUÍ, LOS ASESINOS SON HÉROES

El martes 27 de julio de 2008 por la tarde, unos cuantos de nosotros nos reunimos en la Vegan Community House. Poco antes de que empezara la reunión, recibimos la noticia: el ejército había asesinado a un niño en Ni'ilin. Minutos después, cinco de nosotros nos dirigimos rápidamente al pueblo. Cuando llegamos, cientos de personas estaban en las calles, amotinándose de pura furia por la muerte de su vecino, amigo, hermano e hijo. El ejército también se amotinaba. Había invadido el pueblo con sus jeeps blindados y sus soldados armados con M16. Aproximadamente una hora antes, Ahmed Musa, de diez años, junto con un pequeño grupo de niños y adolescentes, se había acercado a las obras de construcción del muro y estaba manipulando la alambrada instalada alrededor por el ejército. Un jeep militar se les acercó disparando balas de goma. Los chicos huyeron, pero en su huida, Ahmed Musa perdió su sandalia. Cuando volvió a recogerla, un soldado bajó del jeep y disparó

una sola bala real en la frente del pequeño, matándolo en el acto.

Los demás, incluido su propio hermano, llevaron su cuerpo sin vida de vuelta al pueblo, dejando un espeso rastro de sangre por los antiguos olivares. Desde allí lo trasladaron al hospital de Ramala, donde poco después su cuerpo fue enviado a la morgue.

Ante la desesperación y la profunda tristeza que poco a poco empezaron a acompañar a la rabia inicial, los cinco nos dirigimos hacia Ramala cuando los disturbios se calmaron, esperando algo –confirmación de lo increíble tal vez, o quizá simplemente para ofrecer a la familia nuestro apoyo.

Sin embargo, la familia ya se había ido cuando llegamos. Por una razón que no recuerdo con claridad, uno de los médicos nos llevó a la morgue, donde yacía inanimado el pequeño cuerpo de Ahmed.

La visión me conmocionó. Nunca había visto un cadáver, y menos el de un niño. No sabía cómo reaccionar ni qué decir. La rabia, la frustración y el dolor inundaron mi cuerpo. Aunque la crueldad y la violencia del ejército no son nada nuevo, no podía entender cómo un niño de diez años podía haber sido percibido como una amenaza para un soldado.

Al día siguiente, en el funeral, miles de personas de toda Cisjordania acudieron para mostrar su solidaridad y

compartir su dolor con la familia de Ahmed Musa. Nosotros también estábamos allí, sin palabras.

Por la noche, tras el funeral, la rabia volvió a apoderarse de las calles de Ni'ilin y estallaron enfrentamientos cuando el ejército invadió el pueblo. Yousef Amirah, de diecisiete años, estaba en un patio cercano a los enfrentamientos, observando.

Un jeep blindado se detuvo en la calle frente a él, y un soldado disparó tres ráfagas de balas recubiertas de goma desde el interior del jeep a través de la tronera. Dos balas acabaron alojadas en el cráneo de Yousef. Minutos después, fue declarado clínicamente muerto en el hospital de Ramala, y falleció a causa de sus heridas unos días después.

La conmoción fue, una vez más, terrible. Dos niños asesinados en dos días.

Cuando volvimos del pueblo, nos unimos a otros en una manifestación improvisada frente a la casa del ministro de Defensa, Ehud Barak. A pesar de nuestra rabia, rodeados de docenas de policías, lo único que pudimos hacer fue bloquear durante un rato una de las principales carreteras de Tel Aviv y gritar consignas mientras sosteníamos en nuestras manos las fotos de los niños asesinados.

Aunque me quedé allí y grité junto con los demás, mi rabia no iba dirigida sólo contra Barak. Es cierto que Barak es

responsable del asesinato de Ahmed y Yousef, y de innumerables personas antes que ellos, pero ni él ni el gobierno al que representa son los únicos. Para mí, los ciudadanos israelíes son a quienes hay que señalar con el dedo; ellos son quienes eligieron a estos políticos y quienes apoyan incondicionalmente al gobierno mientras comete asesinatos y libra guerras. Los ciudadanos israelíes son los que no se rebelan contra el racismo, el apartheid y la limpieza étnica. De hecho, todo esto no es más que una cristalización de la opinión pública israelí.

A los niños israelíes se les lava el cerebro, desde que nacen, para que crean que Israel debe ser un Estado judío, que los palestinos son el enemigo y que el servicio militar es un deber sagrado, cueste lo que cueste y resulte herido quien resulte herido. Pero a pesar de este poderoso adoctrinamiento, todos somos responsables de nuestros actos.

Aunque el servicio militar obligatorio es obligatorio, las personas decentes siempre pueden tomar una decisión decente. Ante una conformidad israelí tan generalizada con los crímenes de nuestro gobierno, no puedo escapar a la conclusión de que todos somos cómplices con nuestro silencio, con la falta de hechos.

## **Del sionismo a la anarquía**

No nací en Israel ni nací anarquista. Emigré a Israel desde Canadá en 2001.

Era sionista y creía que mi lugar en el mundo estaba en Israel, el único refugio para los judíos. En 2006, un amigo que asistía a menudo a manifestaciones en Cisjordania me mostró la otra cara de mi realidad. Tardé un año entero en comprender la esencia de la ocupación y librarme del lavado de cerebro al que no sabía que me habían sometido.

Un viernes de mayo de 2007, llegué por primera vez al pueblo de Bil'in, donde se estaba construyendo el muro de Israel en tierras de los aldeanos.

Allí, por primera vez, todas las piezas encajaron: pude ver, con mis propios ojos, el apartheid israelí. A partir de entonces, las manifestaciones se convirtieron en algo semanal, en la formación de un hábito.

Antes de darme cuenta, empecé a ir a las reuniones y manifestaciones de AAtW, implicándome cada vez más. Muy pronto estaba organizando el transporte para nuestras expediciones de los viernes. Formar parte de los que deciden, de los que hacen, fue una experiencia fortalecedora. Conocí a gente de distintos orígenes, edades, formas y colores, todos diferentes, pero unidos por la misma causa. A todos nos mueve el deseo de luchar contra la

ocupación y el apartheid. Apenas nos molestamos en promover nuestras diversas ideas grandiosas. Cuando dejemos atrás la ocupación, podremos permitirnos el lujo de debatir nuestras diversas opiniones.

Soy perfectamente consciente de que nuestras acciones por sí solas no acabarán con el apartheid israelí. Hará falta mucho más que eso. Pero creo (o quiero creer) que desbaratamos a Israel junto con su noción de «paz y tranquilidad». Quiero creer que cuando marchamos por las calles de Tel Aviv con pancartas pidiendo el fin de la guerra, los transeúntes se ven obligados a pensar. Quizá nuestra mera presencia en las calles, nuestras acciones, lleven las consecuencias de la ocupación a su patio trasero, y no a unos veinte kilómetros de distancia. Incluso quienes nos llaman traidores o judíos que se odian a sí mismos están reaccionando a la ocupación. Hasta cierto punto me reconfortan esos comentarios, ya que demuestran que estamos obligando a la gente a ser consciente de que hay una ocupación y de que los palestinos existen.

La masacre de Gaza, en la que murieron más de mil trescientas personas, fue para nosotros la prueba definitiva de que Israel está llevando a cabo una limpieza étnica. Una vez más, aunque soy perfectamente consciente de la capacidad del gobierno para cometer tales crímenes – incluso para sentirse cómodo haciéndolo–, algo en la forma en que se llevó a cabo esta «guerra» me pareció repugnante de una forma nueva y desconocida. Aún más espantoso fue

el hecho de que el 80% de la población israelí apoyara la matanza.

Durante esos días, la sensación de frustración y desesperanza nos abrumaba a todos. Organizábamos manifestaciones a diario y nos uníamos a otras manifestaciones en pueblos y ciudades palestinas, dentro de Israel y en Cisjordania, pero no podíamos hacer nada para detener las ruedas de aquel tren desbocado: el fascismo israelí.

También había algo más, aparte de las incomprensibles dimensiones de la catástrofe de Gaza. En Cisjordania, nos hemos acostumbrado a que las cosas sean accesibles.

Cuando, por ejemplo, se produce un asesinato en algún lugar de Cisjordania, podemos llegar hasta allí, físicamente; la segregación del apartheid no es total. La franja de Gaza, sin embargo, es impenetrable para nosotros.

Esta vez sólo pudimos manifestarnos, gritar consignas y leer las noticias. Teníamos la sensación de estar prisioneros dentro de las fronteras de Israel. Aunque totalmente diferente, de repente pude entender, personalmente, lo que significaba tener restringidos mis movimientos.

Pero tal vez conseguimos perturbar algo, porque la policía y el servicio secreto israelí pusieron en su punto de mira a los palestinos que viven en Israel y, en menor medida, a los

activistas de AAtW. Muchos fueron detenidos y luego interrogados durante horas sin más motivo que la intimidación. En una de las vistas judiciales, un fiscal llegó a decir que nuestras acciones «dañan la moral de los soldados israelíes», y lo dijo la supuesta única democracia de Oriente Próximo.

Personalmente, no creo que vaya a ver el fin de la ocupación en mi vida; tengo treinta años. A la mayoría de los israelíes no les importan los palestinos, ni siquiera los crímenes contra la humanidad cometidos contra ellos. Los palestinos están demasiado lejos para estar presentes en los dolores y las mentes de la mayoría de los israelíes. ¿Quién necesita sentir la ocupación mientras está sentado en una cafetería o comiendo hummus en Jaffa? Israel existe en una burbuja. Cuando veo el camino del muro, me pregunto: ¿Quién encierra a quién? Israel sólo puede mirar hacia el mar en su parte occidental, ya que ha cerrado todas las puertas a Oriente Próximo.

Aunque creo que nuestro trabajo dentro de Israel es crucial, también soy consciente de que nuestra voz es débil y apenas se oye.

La ocupación y el apartheid israelí sólo pueden llegar a su fin si se les obliga a ello, principalmente mediante boicots, sanciones y otras formas de presión internacional. Mientras continúe el *statu quo*, el boicot –económico, académico y cultural– es la única forma eficaz de presionar a Israel. Pero

no me hago ilusiones; parece que el mundo aún no ha visto suficiente sangre palestina. El camino que nos queda por recorrer es aún largo.

Hasta entonces, la lucha continúa.

–Sarah Assouline

## PRIMEROS AUXILIOS EMOCIONALES

Una de las cosas sorprendentes de los activistas es que a menudo nos exponemos deliberadamente a la brutalidad cuando lo creemos necesario<sup>2</sup>. Pero exponerse a la violencia sin estar preparado, contar con apoyo o procesar lo sucedido después puede tener un efecto perjudicial en nuestra salud mental y física. Los activistas radicales en Israel/Palestina corren de una acción a otra. Parece que todo es urgente. No siempre nos preparamos para las acciones: nos sentamos de antemano y discutimos los posibles escenarios, y hablamos de lo que necesitamos o de cómo nos sentimos. Aunque designamos a personas concretas para que se encarguen de las detenciones, los primeros auxilios o los medios de comunicación, no contamos con una persona de apoyo para traumas. El trauma se sigue percibiendo como un problema a posteriori, si es que existe. En un lugar con un activismo tan intenso, es fácil sentir que

---

<sup>2</sup> Para consultar una base de datos de recursos de apoyo a activistas traumatizados, véase <http://www.activist-trauma.net>.

no hay tiempo para ocuparse de los traumas de los activistas, aunque la concienciación está aumentando.

En 2006, inspirados por los grupos que se organizaron en Europa contra el G8, un pequeño grupo de Tel Aviv formamos el «T-Team», un equipo activista contra el trauma. En nuestra formación, aprendimos sobre el apoyo al trauma y trabajamos a partir de nuestras propias experiencias, para relacionarnos con lo que otros estaban pasando. Empezamos a ofrecer apoyo en forma de talleres y sesiones individuales, y a distribuir material escrito. Nos pusimos a disposición de organizaciones de las que formábamos parte, como AAtW. En cada correo electrónico semanal de AAtW, incluíamos unas palabras sobre el trauma activista y nuestra información de contacto. Aunque el Equipo T ya no está activo, cada vez es más aceptable hablar de estos temas.

En esta contribución se analizan las cuestiones del trauma y el agotamiento entre los activistas que se ven expuestos repetidamente a una violencia intensa, a través de la participación en acciones contra la ocupación. Incluye extractos de entrevistas con compañeros activistas y se basa en libros y fanzines sobre el tema.

## Lucha y estrés: Trauma activista

El trauma se refiere a una herida del alma, la mente o el núcleo emocional, y se crea cuando una persona se encuentra indefensa ante una amenaza externa sin recursos suficientes para hacerle frente. La estabilidad del mundo interno y externo de la persona se ve alterada, se le quita el control y, en lugar de orden y seguridad, tiene la sensación de que las cosas son arbitrarias; puede entonces sentirse en un estado de constante expectación ante la próxima amenaza o catástrofe.<sup>3</sup>

Recuerdo que en mis primeras protestas contra el muro en Bil'in ... lo más violento que hice fue gritar un poco, y de repente mis piernas estaban cubiertas de moratones, ¡simplemente cubiertas! Y pensé:

*«Espera un momento, la gente a mi alrededor, yo incluido, nunca nos cubrimos la cara, no hubo ningún estallido violento que desencadenara esto»... Creo que eso es lo que pasó por mí, que ... «Espera, ¿qué está pasando aquí?»».*<sup>4</sup>

---

3 Avigdor Klingman, ed., *Children in Emergency and Stressful Situations: Psychological Characteristics and Interventions* [en hebreo] (Jerusalén: Departamento de Educación, 2000).

4 Ésta y todas las citas siguientes proceden de entrevistas que realicé para un fanzine que estoy escribiendo actualmente sobre el trauma, el agotamiento y la recuperación de los activistas en Israel/Palestina. Todas las citas han sido traducidas del hebreo al inglés.

Estamos expuestos al trauma en muchas situaciones, como el acoso de la policía o los militares, o recibir una paliza o ser detenidos. Ver cómo se produce un suceso desde la barrera (como presenciar redadas nocturnas u observar cómo hieren a otra persona) también puede ser traumático, aunque no tendamos a pensar en ello de ese modo<sup>5</sup>.

Enfrentarse a una amenaza puede durar segundos, horas, días o más, hasta que llegamos a un lugar seguro. Durante el tiempo que dura la amenaza, es difícil conservar la sensación de control. Hay respuestas instintivas al trauma, como quedarse inmóvil, correr a un lugar seguro o luchar. Es importante recordar que se trata de instintos; si los vemos como opciones, podríamos sentirnos culpables por cómo nos comportamos.

En Beit Liqia hubo una manifestación de locos; el ejército disparaba por todas partes. Un grupo de niños empezó a dar patadas y a pasarse los botes de gas lacrimógeno que les disparaban como si estuvieran jugando al fútbol, sólo que entre balas silbantes.

Sus madres se pararon en la colina y empezaron a llorar y a gritar para que volvieran. Intenté calmar a las madres, aunque no hablo árabe. Yo también empecé a llorar. Entonces los soldados se volvieron locos y todos empezaron

---

<sup>5</sup> Patrice Jones, ¡Aftershock! Confronting Trauma in a Violent World: A Guide for Activists and Their Allies (Brooklyn, NY: Lantern 2007).

a correr hacia el pueblo en busca de protección. Mientras corríamos, vimos que había francotiradores en los tejados de la entrada.

Fue como decir: «Vale, los soldados nos persiguen y otros soldados nos esperan allí». Simplemente corrimos. A algunos les dispararon por el camino. Algunos resultaron heridos y se cayeron. Esa experiencia no se procesaba. Todos estábamos empezando en la lucha. No sabíamos qué esperar ni cómo prepararnos.

A veces es difícil reconocer que nos sentimos asustados o débiles durante una acción; todos los sistemas están centrados en sobrevivir. En este estado, es fundamental sentir apoyo y conexión con los demás.

Durante las acciones no me sentí indefenso. En realidad, no hablábamos de grupos de afinidad, y cuando la gente lo hacía, normalmente no funcionaban. Pero sabía muy bien elegir con quién iba, y en el fragor de las cosas confiaba en su criterio y ellos en el mío. Sentí esa cercanía, esa confianza, que los demás miraban por mí y yo por ellos. Es difícil saber cuánto peligro corrí, pero físicamente no me hicieron tanto daño como podrían haberme hecho. Tal vez fuera sólo suerte.

Las secuelas de un trauma pueden provocar una serie de síntomas conocidos como estrés postraumático (TEP)<sup>6</sup>.

El estrés postraumático es una respuesta normal a circunstancias anormales, un esfuerzo de la persona que ha sufrido un trauma por volver a su vida normal. El cerebro quiere volver al suceso traumático para entender lo que ocurrió<sup>7</sup>, pero al mismo tiempo, es demasiado difícil hacerlo, por lo que el cuerpo no permite que ocurra directamente. Este es un mecanismo originalmente destinado a protegernos, pero durante un largo periodo de exposición al trauma, puede llegar a ser perjudicial.

Los síntomas del TEPT incluyen disociación: sensación de no estar completamente en el presente o de no ser capaz de recordar lo que ocurrió, pero sentirse constantemente perseguido por ello; evitación: evitar pensamientos, emociones o conversaciones sobre el trauma, lo que puede dar lugar a distanciarse de personas o lugares asociados con el suceso; problemas físicos como dolores musculares, dolores de cabeza y problemas respiratorios; flashbacks: ver

---

<sup>6</sup> La psiquiatría occidental clasifica estos síntomas como trastorno de estrés postraumático (TEPT). Pero el término trastorno puede parecer que algo va mal en la persona, en lugar de la retorcida realidad que provocó los síntomas. Además, para ser diagnosticado oficialmente de TEPT, hay que acudir al médico y cumplir unos criterios estándar; pero todos somos diferentes, y las personas pueden presentar distintos niveles de síntomas.

<sup>7</sup> Shabtai Noy, Traumatic Stress [en hebreo] (Tel Aviv: Shoken Publishing, 2000).

fragmentos del suceso traumático en breves retazos durante el día o la noche; desencadenantes: ver, oler, saborear, oír o experimentar algo que recuerda al trauma puede hacernos sentir como si de repente nos transportáramos de vuelta al suceso; hipervigilancia: no poder calmarse, tener problemas para conciliar el sueño o despertarse, sentirse ansioso o ver peligro por todas partes.

Hay situaciones en las que estuve que incluso pensar en ellas me asusta. Y no hacía mucho con este miedo; se disipaba en algún momento de toda la acción.

¿Y pensar cómo me afectó esto después? Emocionalmente, lo entendía cuando veía la sombra de un pájaro sobrevolándome y pensaba que era una granada aturdidora.

Es importante recordar que estos síntomas son señales de alarma. No significa que te estés volviendo loco, pero es esencial no ignorar dichos síntomas, ya que pueden aparecer otros problemas asociados al síndrome de estrés postraumático. Mientras se experimentan estos síntomas, es fundamental contar con apoyo.

El procesamiento del trauma puede ocurrir de manera informal, en el viaje de vuelta a casa tras una acción, o con un amigo o pareja. Si esa persona no nos apoya, el TEPT puede empeorar. Aunque podemos esperar que quienes

comparten nuestros puntos de vista políticos sean quienes más nos apoyen, no siempre es así.

Yo volvía a casa con otros activistas, personas que estaban realmente comprometidas en esta lucha. Especialmente en la relación con mi ex pareja.... Desde su punto de vista, son los palestinos los que sufren, y nosotros... podemos ser un instrumento, servimos para algo, pero nuestro sufrimiento no importa en esta situación, no hay lugar para él... no es legítimo. Cuando volvíamos magullados de las protestas, a veces nos hacíamos fotos para que hubiera algún tipo de prueba, en caso de juicio. Cuando hablamos de ello, ella dijo que era muy machista, como: «Mírame, me he hecho daño aquí y aquí». Así que empecé a pensar: «Bueno, había gente en esta protesta y les pegaron, ¿cuál es el problema?».

## **¿Qué pasa con el burnout?**

### **Agotamiento**

En algún momento, no recuerdo en qué año, el tema del trauma llegó con fuerza a la comunidad anarquista... Mucha gente se quemó y se fue.... Mirabas a izquierda y derecha y no reconocías a nadie [en la manifestación] que hubiera estado allí un año antes.

Experimentar traumas a lo largo del tiempo puede hacer que nos «quememos», que nos sintamos agotados por

dentro, que perdamos la chispa, que nos sintamos agotados, frustrados o que dejemos de acudir a las acciones. Es un proceso que puede durar días, semanas o años. Algunas personas superan el agotamiento por sí mismas, y otras pueden necesitar ayuda externa.

El burnout (quemado) es diferente del cansancio. Existe el cansancio «bueno» o saludable, y luego está el agotamiento crónico<sup>8</sup>. También puede influirnos en casa y en nuestras relaciones, y llevarnos a la depresión.

Debido a la urgencia de nuestro activismo, es posible que no nos detengamos a cuidarnos, que sigamos «corriendo con el estómago vacío», que nos sintamos insensibles a la violencia y que, por tanto, juzguemos mal lo que es seguro y lo que es peligroso.

Nunca he dejado de ir a manifestaciones. Hubo una época en la que iba muy a menudo, pero cuando hacía descansos y volvía, me parecía una de las situaciones más absurdas en las que uno podía ponerse conscientemente. Era una locura, en el sentido de que la realidad te abofeteaba en la cara. Vi cosas brutales. Al final me convencí de que las cosas eran así. Volvía a tiempo para pasear a mi perro, sabiendo que a quince minutos de mi casa está esta otra realidad.

---

<sup>8</sup> Ayala Malach Pines, Emotional Burnout [en hebreo] (Tel Aviv: Cherikover, 1983).

Recuerdo la enorme distancia entre la realidad que presencié y la vida tranquila y despreocupada que hay a poca distancia. Al principio incluso me dio un poco de rabia y frustración... una especie de impotencia. Pero sobre todo me sentía cansada.

Los síntomas asociados al agotamiento incluyen una imagen negativa de uno mismo; sentimientos cada vez más negativos hacia la fuente de agotamiento y hacia otras personas relacionadas con esa fuente; desear constantemente que se cancelen los eventos; sentirse impaciente; sentirse sobrecargado y sin sentido al mismo tiempo; volverse frío, grosero o distante con otras personas que podrían ser testigos de nuestra ruptura, y a veces incluso descargar la ira y la frustración en otros activistas (lo cual es, por supuesto, totalmente contradictorio con nuestro trabajo).

Hay traumas, es cierto. Nos enfrentamos a cosas realmente difíciles. También hay diferentes tipos de personas: no creo que haya nadie que no se traumatice. Pero algunas personas lo reprimen muy bien y no tienen problemas con ello, y a otras les estalla más tarde... y sale a la luz en cosas que no tienen nada que ver con su trauma, lo que creo que a mí también me pasó un poco. Entonces, ¿cómo lo afrontas? La gente que lo reprime, ¿cómo puede ayudar a los que están completamente destrozados? Piensan que están bien y no van a encontrar un lenguaje común con los que están sufriendo, y entonces te quedas

con un gran grupo de personas que no pueden apoyarse unas a otras.

## **Recuperar la salud**

Aunque cada uno de nosotros los experimenta individualmente, el trauma y el agotamiento de los activistas son problemas colectivos. Influyen en cómo interactuamos con el mundo, dónde nos sentimos capaces de ir y qué nos sentimos capaces de hacer. Para afrontarlos con eficacia y seguir activos en la lucha contra la ocupación, tenemos que cuidarnos.

## **Reconocer lo que está pasando**

Cuando se trata de traumas, lo que no sabemos puede hacernos daño. No saber que estamos traumatizados no nos impide tener problemas causados por él<sup>9</sup>. Podemos empezar por hablar entre nosotros, así como acceder a información sobre estos temas en Internet y a través de material impreso.

---

<sup>9</sup> Peter Levine y Ann Frederick, *Waking the Tiger: Healing Trauma* (Berkeley, CA: North Atlantic Books, 1997).

Grupos como Activist Trauma Team (<http://www.activist-trauma.net>) ya disponen de abundante material. ¡La activista Pattrice Jones también escribió un libro excelente titulado *Aftershock!* No tenemos por qué convertirnos en expertos en traumas, pero deberíamos saber cómo responder de forma saludable. Nos ayudará a ser más conscientes durante las acciones.

Hoy voy a menos demostraciones que antes. Reconozco cuando me siento débil –suelo tener dolores de estómago incluso antes de llegar– y durante una acción, sobre todo cuando hay gases lacrimógenos, tengo náuseas y me mareo. En esa situación corro a buscar la casa más cercana y entro.

Los traumas no salen sólo en las conversaciones, porque en muchas culturas tienen un estigma social de debilidad. Tenemos que recordar nuestros límites, ir con la gente con la que nos sintamos seguros y dedicar tiempo a procesar nuestras experiencias después de una acción, tanto en el grupo como por nuestra cuenta. ¿Qué significa esto? Puede empezar con una rápida revisión en grupo inmediatamente después, antes de que todo el mundo se separe; hablando con alguien de confianza cuando lleguemos a casa; comiendo algo juntos y hablando de lo que funcionó fantásticamente y de lo que no.

Hoy hay más espacio para procesar. Existe un ritual social informal: después de las manifestaciones del viernes, todos

vamos al mismo sitio a comer hummus y a hablar de lo que ha pasado. Intentamos que venga gente nueva.

## **Cuidarnos a nosotros mismos**

Si la exposición a la violencia nos está pasando factura, puede ser necesario pedir ayuda, descansar y vigilar la salud física. Podemos utilizar salidas creativas para afrontar emociones como la ira, la culpa o la frustración. Los distintos tipos de arte pueden ayudar a conservar la sensación de control durante las acciones, ser una herramienta de procesamiento o simplemente una salida saludable para lo que sentimos.

Cuando estuve en Hebrón, estaban todos esos tipos duros judíos y palestinos, y nos sentamos allí y no había nada que hacer, así que dibujé una pequeña.....

En otra ocasión dibujé a los colonos lanzando piedras y quemando la colada de los palestinos. Lo grabé en video.... A veces la realidad aquí es simplemente psicótica.

A lo largo de los años escribí canciones y poemas.... Una vez incluso hice una comedia sobre mi vida.

Recuerdo que cuando llegué a Beit Surik se me ocurrió hacer pulseras con una alambrada cortada. Lo hice al principio hasta que los niños me robaron los alicates.

La ayuda externa, como diferentes tipos de terapia, puede ser útil. Psicoactivos: Profesionales de la Salud Mental por los Derechos Humanos (<http://www.psyoactive.org.il>) ofrece terapia y otros recursos para activistas en Israel/Palestina. También podemos sacar fuerzas de los pequeños logros y de los momentos en los que las acciones marcaron la diferencia.

En los territorios siento el éxito cuando la resistencia funciona, como cuando el ejército intenta entrar en un pueblo y la gente consigue bloquearlo hasta que se va. Me hace sentir conectada, un poder creado por la organización mutua. Proporciona una base optimista para pensar que las cosas podrían ser diferentes.

## **Apoyarse mutuamente**

Muchas veces el apoyo se expresa de forma muy técnica: un lugar donde descansar, comida y fianza. Cuando la gente es detenida y hay alguien que le acompaña cuando sale en libertad, que siempre hay alguien que firma tu fianza, alguien que te consigue comida cuando te detienen... cosas que son realmente pequeñas, pero que te dicen que no estás

solo. Además del apoyo físico durante una acción, hay muchas cosas que podemos hacer de forma habitual para ayudarnos mutuamente. Vivimos en una realidad disparatada. La sociedad dominante no ofrece apoyo a las causas por las que luchamos. Así que tenemos que encontrar a las personas y los lugares que nos hagan sentir seguros, queridos y libres para hablar abiertamente; es clave para prevenir y curar los traumas.

Cuando estoy en Sheikh Jarrah, me empujan y me maltratan, y no se puede ir aquí y allá, y toman más casas y es realmente horrible. Y aun así vuelvo a casa a cenar con mi novia, y mi energía vuelve a subir. No es que me olvide de que la gente vive allí en tiendas de campaña y cosas así, sino que puedo asimilar algo bueno.

En los círculos activistas, a menudo parece que cuidarnos es egoísta, cuando siempre hay una acción urgente de la que ocuparse. Pero cuidarnos también es una acción social: preservar nuestra fuerza y seguir activos en un lugar donde las injusticias son tan profundas. Cuanto más sanos estemos, más podremos hacer, más podremos ofrecer apoyo y más sostenible será, en última instancia, nuestro trabajo. Tomar medidas para abordar estas cuestiones es vital para nuestra salud como individuos, así como para el trabajo en curso como grupo.

–Iris Arieli

## MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Cualquier anarquista que vea el documental *Matzpen: Anti-Zionist Israelis*, de Eran Torbiner, le resultará fácil identificarse con quienes hace cuarenta años estaban al margen de la política israelí. La idea de establecer un Estado palestino, que situaba a los miembros de Matzpen fuera de lugar, es hoy una postura consensuada en la política israelí. Y este viaje que hacen las ideas, desde el asidero de un grupo minoritario hasta el corazón de la mayoría, depende en gran medida de los medios de comunicación que alimentan a esta última. Son estos medios los que definen el consenso y, por tanto, también los responsables de cambiarlo.

Esta es la razón de mi insistencia en continuar mi relación con los medios de comunicación israelíes. Como activista y como periodista, reconozco la capacidad de los medios para distribuir conocimiento, y creo en la capacidad del conocimiento para crear cambios.

Como activistas contra la ocupación, la mayor parte de nuestra información sobre el muro del apartheid la obtuvimos de primera mano en los territorios ocupados. En los primeros meses de la construcción del muro, a finales de 2002, los medios de comunicación israelíes mostraron poco interés por lo que parecía ser otro arranque de olivos. Aún no se había publicado un mapa oficial del trazado de la barrera, y las redacciones de los periódicos recibían sobre todo fotos de excavadoras contando una historia aparentemente antigua.

Salvo un puñado de reportajes de los periodistas de *Ha'aretz* Amira Hass y Gideon Levy sobre las tragedias humanas que se estaban produciendo, y artículos críticos de B. Michael y Meron Rapoport en *Yedi'ot Aharonot*, los medios de comunicación israelíes se desinteresaron del nuevo proyecto de construcción del Primer Ministro Sharon, el mayor de la historia de Israel.

Una nueva agrupación llamada Coalición contra la Valla, cuyo objetivo era presentar al público israelí información crítica sobre la valla, tuvo dificultades para romper el velo de ignorancia que acompañó a la construcción durante el primer año. Si se mencionaba el muro en los medios de comunicación israelíes, era para preguntar por qué no se construía más rápidamente.

Para los objetores israelíes a la valla, la significativa fiesta de «presentación» tuvo lugar en noviembre de 2003, en una

manifestación frente a la Cinemateca de Tel Aviv, en el aniversario de la caída del muro de Berlín (designado como día internacional de la resistencia al muro en Palestina). A pesar de una cobertura decepcionante, el hecho de que existiera oposición a la barrera empezó a calar en la opinión pública israelí. Una gran manifestación en A-Ram, al norte de Jerusalén, en diciembre, supuso un nuevo avance.

En marzo, nosotros, que en su mayoría no nos alimentamos de los medios de comunicación autodefinidos como «sionistas», ya nos habíamos unido a las actividades contra el muro en el pueblo de Mas'ha (el 95% de cuyas tierras están ahora en su lado «israelí») y, junto con los residentes, habíamos creado un centro de información.

A raíz de las actividades en Mas'ha, decidimos unirnos a activistas internacionales en acciones directas para cortar y romper la valla, así como iniciar dichas acciones nosotros mismos con socios palestinos. En una acción para cortar la valla en el pueblo de Zububa en noviembre, no habíamos decidido realmente si llamarnos Judíos Contra los Guetos o Anarquistas Contra el Muro. El viernes 23 de diciembre volvimos a Mas'ha para romper la puerta de la valla que permanecía cerrada. Un soldado israelí disparó contra Gil Na'amati, que unas semanas antes había empuñado él mismo un arma y llevaba el mismo uniforme. Los medios de comunicación olfatearon el drama y decidieron por nosotros: «Anarquistas contra el Muro». Había nacido una nueva marca.

Aquel viernes volví de la acción en Mas'ha exhausto y conmocionado. Todavía incapaz de digerir el significado de los acontecimientos, me fui al pub con unos amigos. Esa noche no dormí en mi casa, y las imágenes de Gil revolcándose en un charco de su propia sangre no me dejaban dormir. El sábado por la mañana accedí a mi buzón de voz. Quince periodistas me buscaban. A partir de ese momento, comenzó un frenesí que duró una semana. Ese mismo día, decenas de miles de personas murieron en un terremoto en Irán, pero el titular de *Yedi'ot Aharonot* del domingo rezaba: «El comandante de la compañía dio instrucciones a sus soldados: Disparen a los manifestantes». El interés de los medios de comunicación israelíes por nosotros era un reflejo de cómo nos habían ignorado hasta ese momento.

El súbito protagonismo nos colocó en una posición problemática: de pie en una plataforma que realmente no habíamos elegido, sintiendo el dolor de la lesión de nuestro amigo, y aún así queriendo difundir información sobre la injusticia que nos había llevado a cortar la valla en primer lugar. Al igual que con nuestra actitud hacia Shimon Peres y Yossi Sarid –dos políticos que, en el espacio de dos balas, pasaron de ser nuestros enemigos ideológicos a nuestros autoproclamados portavoces leales–, también habíamos acumulado hostilidad hacia los medios de comunicación corporativos. Pero cuando se nos dio la plataforma, y con

ella aparentemente la oportunidad de cambiar la agenda pública, nos resultó difícil rechazarla.

Como no todos nos definimos como anarquistas, pero todos estamos de acuerdo en una forma anarquista de trabajar –sin líderes ni dirigidos, sin jerarquías y con la máxima participación de todos los miembros del grupo–, intentamos compartir el trabajo de hablar a los diferentes programas de los medios de comunicación. Las invitaciones nos llegaron de todas partes, lo que nos permitió a casi todos hacer una aparición en directo. Cheska habló en *What's Burning*, Anat en *Erev Hadash*, Liad en el canal ruso, Jonathan en *London and Kirschenbaum*, Shelly en *Politica* y Nimrod en *Seven–Thirty*.

Practicamos simulaciones de entrevistas, compartiendo nuestra experiencia unos con otros. Intentamos dar a los medios de comunicación lo que querían («¿Por qué te dispararon? ¿Cómo se sintió cuando dispararon? ¿No tiene miedo de los terroristas suicidas?

¿Puedes organizarme una entrevista exclusiva con Gil Na'amati?»), pero también hablar de tiroteos y manifestantes aunque no sólo de manifestantes judíos israelíes, de la puerta cerrada en Mas'ha y no sólo de los tiroteos, del daño causado por la valla en general y no sólo de Mas'ha, de la política de apartheid y limpieza étnica y no sólo de la valla, y quizá incluso de antisionismo y anarquismo y no sólo de Palestina.

Esa semana, *Eyal Ofer* publicó un reportaje en la revista de fin de semana *Ha'aretz* sobre el patio vallado de Hani Amer en Mas'ha, y Rogel Alfer publicó una escalofriante confesión sobre su entrenamiento básico en 1985 y «los productos podridos de una sociedad ocupante». Sabían que se enfrentaban a activistas de izquierda, dijo Alfer, y actuaron en consecuencia. En el *Canal 10*, Rino Tzror ofreció un reportaje en profundidad que sacó a relucir las mentiras del portavoz del ejército israelí. Una cámara, ya lo sabíamos, es un arma eficaz en la guerra por la verdad. Teníamos al menos tres sobre el terreno. En la rueda de prensa que convocamos para intentar hacer frente a las mentiras del ejército, presentamos nuestro propio informe, basado en las imágenes de vídeo. A nuestra rueda de prensa acudieron representantes de todos los medios de comunicación israelíes. Durante unos días, el chico anarquista que siempre estaba a punto de ser expulsado de la escuela se convirtió en el chico más popular de la clase.

En respuesta al interés de los medios de comunicación por las conclusiones que presentamos, el ejército se apresuró a publicar su propio informe sobre el suceso, y al día siguiente se publicaron en los periódicos las conclusiones opuestas: la versión de los anarquistas frente a la del ejército.

Los medios de comunicación siguieron interesándose por nosotros y por las circunstancias que nos llevaron a cortar la valla. En *Yedi'ot Aharonot*, Yigal Serna contó la historia de la puerta núm. 1549, la puerta de Mas'ha que rompimos

cuando la dejaron cerrada contraviniendo las propias promesas del ejército, impidiendo a los agricultores llegar a sus tierras. Serna incluso mencionó la conexión entre anarquismo y veganismo. Meron Benvenisti los superó a todos cuando escribió en *Ha'aretz* sobre «el desafío intelectual que los anarquistas plantean a una sociedad que concede a ‘un Estado judío’ un valor absoluto y sagrado, y adora las ‘leyes’ como si encarnaran, sólo por el hecho de estar legisladas, valores morales y sociales supremos». Benvenisti determinó que «un poco de anarquismo no hace daño», lo que para mí aclaraba que el daño para las relaciones públicas de elegir el nombre de anarquistas merecía la pena.

Más tarde se recogieron otros frutos: diez días después del incidente, se publicó un editorial en *Ha'aretz* con el título «El daño causado por la valla», y Akiva Eldar hizo una exposición sobre los escasos castigos que se imponen a los soldados que hieren o matan a palestinos inocentes.

Todo esto no me hizo olvidar el dolor de Gil Na'amati, pero el archivo acumulado sin duda añadió significado al precio que pagó y sigue pagando. Ya nadie podrá decir: «No lo sabía». Al cabo de unos días, como ocurre con los medios de comunicación corporativos, surgieron nuevos temas en la agenda y las cosas se calmaron.

Un año después, ni un solo periodista se interesó por las conclusiones de la investigación presentadas por la policía

militar al fiscal general. Ningún periodista quiso investigar cómo fue posible que el soldado que disparó a Na'amati ascendiera en el escalafón militar, sin que nadie tuviera que responder por ello.

Mientras tanto, las piernas de Na'amati siguen sin permitirle caminar.

Es difícil sobrestimar la publicidad y el beneficio público que este incidente tuvo para la oposición a la construcción de la valla. Sin menoscabo de los intentos y éxitos que precedieron al 26 de diciembre de 2003, este momento representó un verdadero cambio de actitud. Ahora existe una posición en la esfera pública que debe ser considerada, mencionada y a la que hay que dar voz. El consenso se ha fracturado. El razonamiento de seguridad ya no puede silenciar toda protesta. Las preocupaciones del Ministro de Justicia, Yosef Lapid, las sentencias del Tribunal Internacional de La Haya y la decisión del Tribunal Supremo israelí que descalificó la valla en su trazado actual son otros tantos hitos en el largo y agotador camino que va de los flecos delirantes al corazón del consenso.

El hecho de que los israelíes participen en las acciones diarias de resistencia contra el muro a lo largo de su recorrido despojador ya no es un secreto. Y sin embargo, me parece que para la mayoría de los que acudimos a las manifestaciones y acciones a lo largo del muro, el interés de los medios de comunicación es una herramienta importante

para reducir la violencia hacia los manifestantes, aunque desde luego no es un fin en sí mismo.

En Mas'ha, Beit Surik, Budrus, Deir Balut, Beit Likia, A-Ram y otros pueblos, estamos creando, aquí y ahora, con nuestros propios cuerpos, una comunidad alternativa basada en un destino compartido, así como en la solidaridad transnacional e interétnica. Este cambio se está produciendo con o sin los focos de los medios de comunicación, que sin duda volverán a brillar cuando muera el primer manifestante israelí, y volverán a apagarse tras de unos días.

–Uri Ayalon

## LAS BOLLERAS Y LA GUERRA SANTA

Como activista queer–anarquista israelí, a menudo me surgen preguntas sobre la participación de grupos o individuos queer en la lucha palestina contra el régimen de apartheid israelí. ¿Cómo podría yo, como queer y anarquista, luchar por el establecimiento de un Estado en el que los poderes de la ocupación sólo cambiarán de manos y erigirán nuevas y viejas opresiones? ¿Qué tenemos que ver con un movimiento nacional que está reconstruyendo los mismos ideales nacionales que estamos trabajando para dismantelar en nuestra propia sociedad? Intentaré examinar estas cuestiones aquí, y analizar el papel de la solidaridad y la lucha conjunta desde una perspectiva queer–anarquista.

Quizá el punto más importante que conviene aclarar al principio es el papel que desempeñan tanto la ocupación desde 1967 como la opresión de la minoría palestina en

Israel desde 1948 (palestinos de 1948) en la sociedad judía israelí.

El Estado de Israel, que afirma ser un «Estado judío y democrático» que defiende la igualdad de derechos para todos sus habitantes, tiene grandes dificultades para mantener sus aspiraciones democráticas a la luz de su naturaleza colonialista y religiosa. Es un hecho ampliamente reconocido que los derechos y libertades democráticos de los miembros incluso de los «grupos más privilegiados» de Israel están sufriendo las consecuencias de la ocupación continuada durante décadas y de la realidad social surgida de ella. La necesidad de unidad nacional ante las guerras que se avecinan, la rápida militarización de una sociedad que necesita controlar cada paso de tres millones de palestinos y la guerra demográfica que hay que librar contra el útero palestino pasan factura a los grupos minoritarios de Israel y perjudican a todas las luchas de emancipación como el movimiento feminista, la comunidad LGBTQ, las organizaciones de trabajadores, las campañas ecologistas, los grupos etíopes y mizrahi y muchos otros. En una sociedad en constante estado de emergencia, es difícil luchar por la justicia social o incluso hablar de ella. La historia del movimiento por los derechos LGBTQ en Israel sirve como ejemplo de las influencias de los grandes acontecimientos políticos en una lucha específica por la igualdad de derechos. La existencia de grupos de gays y lesbianas desde la década de 1970, junto con varios artistas, poetas y cineastas

abiertamente homosexuales, creó un pequeño círculo de comprensión y tolerancia hacia las minorías sexuales, pero nadie puede ignorar que la mayor y más fuerte oleada de acción y éxitos políticos del movimiento LGBTQ tuvo lugar en la década de 1990, sobre todo tras la elección de Isaac Rabin (junto con el gran logro electoral de Meretz, el partido liberal–izquierdista sionista) y el inicio del «proceso de paz» de Oslo con la Organización para la Liberación de Palestina. Por irreales y falsas que fueran, las esperanzas que el fallido proceso de paz suscitó entre la opinión pública israelí – esperanzas de un verdadero Estado democrático, el fin de la coacción religiosa y un nuevo Oriente Medio– dieron el empujón que la comunidad LGBTQ necesitaba para obtener reconocimiento y logros legales.

La segunda Intifada, catalizada por el resurgimiento del control religioso, el nacionalismo y el militarismo, detuvo estos procesos y, podría decirse, también provocó la enorme reacción y la ola de violencia homófoba en las calles y en los medios de comunicación que desencadenó el intento de celebrar un desfile internacional del orgullo gay en Jerusalén Occidental.

Así pues, para muchos activistas políticos de los círculos progresistas está claro que el conflicto nacional bloquea actualmente cualquier tipo de progreso radical, inhabilita la formación de coaliciones y se está utilizando e intensificando con bastante frecuencia para silenciar los conflictos sociales dentro de Israel (se puede encontrar un

fenómeno similar dentro de la sociedad palestina, donde la lucha contra la ocupación israelí está siendo utilizada por algunos grupos reaccionarios para silenciar las críticas sociales y feministas). El primer paso para un cambio social y feminista radical en la sociedad israelí debe ser, pues, el fin de la ocupación, pero ¿qué significa eso realmente?

## **La ocupación nunca cesa**

«Cuando termine la ocupación.... «Cuántas veces nos hemos dicho esto a nosotros mismos, fantaseando con un paraíso futuro, mientras nos volvíamos más y más cínicos y desilusionados cada año que pasaba. Hoy sabemos que no es así. La ocupación no va a terminar; está aquí para quedarse.

Dos verdades se imponen al hacer esta afirmación: en primer lugar, el fin de la ocupación con una solución de dos estados basada en las fronteras de 1967 no es realista, y en segundo lugar, la ocupación no es sólo «la ocupación de 1967», sino una situación mucho más amplia que existe bajo el control del Estado de Israel. Una solución compuesta por dos estados nacionales que coexistan uno al lado del otro como iguales es hoy una triste broma, y quizá siempre lo fue. Esta solución tan preconizada fue arrebatada a sus

partidarios progresistas hace muchos años (sólo el Partido Comunista de Israel exigió «dos estados para dos pueblos» en la década de 1980), y tergiversada para legitimar el apartheid del siglo XXI.

Ahora sabemos cómo serán esos dos estados: bantustanes con alambradas rodeados por el mismo gran campamento militar conocido como Israel. La ocupación simplemente continuará bajo la nueva definición orwelliana de proceso de paz y una falsa independencia.

Pero la oposición a la solución de los dos estados no se basa únicamente en que su aplicación sea imposible. También se basa en que ignora numerosos aspectos y problemas existentes. La ocupación de 1967 no puede entenderse como un problema externo, una lucha colonial de un invasor. La ocupación de 1967 no es un problema externo desconectado de los problemas internos de Israel.

El apartheid y la política de ocupación son la base misma del Estado de Israel: la limpieza étnica de ochocientos mil palestinos en 1948 y la negativa continuada a permitir su regreso; la discriminación descarada y la violencia policial cada vez mayor contra los palestinos de 1948; y la necesidad de asentarse y proteger la tierra de los ilegales, judaizar la periferia y librar una guerra demográfica: todo esto tiene lugar en lo que se llama Israel y no en lo que se conoce como territorios ocupados. La ocupación no se detiene en el

puesto de control. Está a nuestro alrededor y, por tanto, no hay un «aquí» y un «allí». Israel es la ocupación.

## **La necesidad de la lucha conjunta**

La lucha contra la ocupación y el apartheid debe llevarse a cabo, no porque sea el primer paso hacia la revolución, sino simplemente porque los crímenes de guerra diarios y las violaciones masivas de los derechos humanos son inaceptables, independientemente de que las víctimas de estos crímenes sean anarquistas revolucionarios o musulmanes conservadores pobres y trabajadores. El hecho de que el sector oprimido no sea el sujeto revolucionario perfecto (si es que existe tal cosa) no disminuye en absoluto mi obligación de estar a su lado contra el Estado –mi Estado– que está cercenando sus derechos básicos. Esto debería bastar para explicar por qué hay que luchar ferozmente contra la ocupación.

Sin embargo, luchar contra algo nunca es suficiente; tenemos que luchar por un futuro diferente, por lo que creemos que es la mejor solución para que toda la gente viva, pero ¿cuál es?

Una de las cuestiones más críticas para la izquierda radical israelí, especialmente desde el comienzo de la Intifada, es el trabajo político conjunto de palestinos y judíos israelíes. Esto podría entenderse como una reacción a la política racista que defiende Israel: la separación total entre israelíes y palestinos, ya sea con muros (en 1948 Israel y Cisjordania), puestos de control y carreteras de apartheid, o a través de escuelas separadas, leyes matrimoniales racistas y religiosas, y el acoso racista a las personas de «aspecto árabe» a la entrada de cada centro comercial, restaurante o club. En una atmósfera tan descaradamente racista, el acto más radical es romper esta separación manifestándose junto a los palestinos, viviendo juntos, hablando entre ellos, amándose y cuidándose mutuamente, incluso haciendo el amor entre ellos. No se reconoce bien el fuerte y asombroso efecto emocional que tiene para un judío israelí conocer por primera vez a palestinos como compañeros de lucha en pie de igualdad, o incluso hacerse amigo de ellos.

Tampoco se entiende lo importante que es tener estos contactos para desafiar nuestras propias actitudes racistas y orientalistas, y destruir la teoría del «choque de civilizaciones» (personalmente puedo admitir que a veces era sólo mi conexión emocional con mis varios amigos palestinos lo que me mantenía cuerdo bajo la constante oleada de propaganda racista y nacionalista). Unirnos, vivir juntos –Ta’ayush en árabe– es simultáneamente nuestro medio y nuestro fin.

## **La liberación como proceso**

Derribar las fronteras de la nación y la raza podría ser el objetivo final, pero la situación es un poco más difícil que eso. Los palestinos, como grupo étnico que sufre opresión nacional y carece de autodeterminación y de Estado propios, luchan contra su opresión de la forma más común y conocida: protagonizando una lucha de liberación nacional con la esperanza de conseguir un Estado nacional independiente. El hecho de que las personas obligadas a vivir bajo la opresión racista o nacionalista se fusionen en un grupo nacional como forma de luchar por sus derechos, junto con el triste hecho de que casi todas las luchas de liberación nacional crean nuevos sistemas opresivos, no debería sernos ajeno como judíos israelíes.

Pero, ¿qué debemos hacer como anarquistas en esta lucha? ¿Por qué luchamos realmente y con quién? ¿Intentamos formar parte de este «proceso de liberación nacional», como hacen algunos activistas de la izquierda radical israelí, y nos consideramos judíos palestinos?

¿O creemos que la liberación nacional es sólo un punto por el que hay que pasar, un paso adelante, y que el día en que termine victoriosamente (y otra buena pregunta sería ¿Qué

significa el final de una lucha de liberación nacional en Palestina?) será también el día en que las masas palestinas explotadas inicien la revolución social junto con sus hermanos y hermanas de la clase obrera judía? ¿O acaso es totalmente irrelevante lo que pensemos o queramos porque formamos parte de la sociedad colonialista, y como tales sólo debemos ofrecer nuestra solidaridad incondicional con los objetivos y necesidades del sector oprimido?

Estas preguntas, aunque cínicamente formuladas, no carecen de fundamento. La liberación nacional es siempre ambigua: es la liberación de la opresión colonialista y, al mismo tiempo, la construcción de nuevos modelos de opresión y explotación, y es exactamente dentro de esta situación ambivalente donde tenemos que elegir nuestro camino. Esto se complica aún más cuando hablamos de una situación colonialista a la que no se puede hacer frente expulsando a las potencias colonialistas a sus países de origen. Se trata más bien de descolonizar la sociedad de colonos, teniendo en cuenta a los israelíes no sólo como los actuales opresores, sino también como un pueblo que merece las mismas libertades y derechos que todos los demás pueblos de la región.

La lucha conjunta palestino–israelí –la lucha contra el muro en la que participa AAtW, o las muchas campañas en las que Ta’ayush ha apoyado a comunidades palestinas en los territorios ocupados o en el Israel de 1948– parece ser la mejor manera de abordar las muchas contradicciones a las

que nos enfrentamos de una forma políticamente productiva. El trabajo conjunto de israelíes y palestinos es, en este sentido, uno de los objetivos, y quizá el más importante, de cada campaña en la que participamos, ya sea de resistencia al muro, a las demoliciones de viviendas o a las invasiones del ejército. A través de este trabajo, deconstruimos los fundamentos racistas del conflicto. Un israelí que participa en una manifestación palestina, arriesgando su vida y su cuerpo frente a la brutal opresión del ejército, está desafiando no sólo las concepciones básicas del soldado israelí (los soldados nos preguntan muy a menudo, antes o después de dispararnos, si no tenemos miedo de que nos maten dentro de los pueblos sus habitantes palestinos), sino también las del campesino palestino que sólo conoce a los israelíes como su opresor.

Naturalmente, el acercamiento entre palestinos e israelíes no es una tarea fácil para los de uno y otro bando. Debemos recordar que existen muchas diferencias culturales, políticas y sociales junto a nuestras posiciones de poder en este conflicto, posiciones que no podemos ignorar simplemente con la esperanza o la creencia de que todos somos iguales en una lucha.

La lucha por cambiar y cuestionar la cultura palestina con sus elementos patriarcales, militaristas y homófobos no es tarea nuestra, sino de nuestros camaradas palestinos, a quienes debemos ofrecer nuestra solidaridad, en primer lugar quitándoles de encima el peso de la ocupación y

luchando contra esos mismos elementos en nuestra propia sociedad. La liberación es siempre un proceso, y sólo puede evolucionar e intensificarse eliminando el mayor obstáculo que se interpone en su camino.

–Yossi Bartal

## «HEY NENA, ESPERO QUE NO ESTÉS EN LA CÁRCEL»

Como israelíes disidentes en este paisaje cargado de emociones, casi a diario nos encontramos con diferencias y dificultades con amigos y familiares no alineados. Rara vez estamos de acuerdo. La mayoría de las veces discrepamos. A veces hay gritos y a veces lágrimas. Y hay ocasiones en las que, juntos, dejamos de ser amigos. Lo que hacemos como activistas no es puramente político; también es personal. Ya sea cara a cara o en Facebook, nuestro activismo político acaba saliendo a relucir.

Puede resultar difícil y emotivo hablar de la ocupación y de la situación general en Israel y Palestina. Yo, por ejemplo, me frustró y a veces me siento culpable. Moveré cielo y tierra para asistir a una manifestación en un pueblo concreto. Como la mayoría de los activistas que conozco, gasto dinero y tiempo en acudir a reuniones, concentraciones y manifestaciones.

Una sola llamada de teléfono y nos apresuraremos a acudir allí donde se nos necesite. Haremos un centenar de llamadas para intentar sacar a alguien de un centro de detención, o pasaremos horas fuera de una comisaría esperando su puesta en libertad o ante un tribunal. En ocasiones, esto puede dejarme poco tiempo para invertir en mis relaciones con mis pocos amigos no alineados. Solidaridad puede definirse como «unión o consolidación de intereses y responsabilidades; compañerismo; comunidad». Para mí también es identificarme con el dolor ajeno y querer hacer algo al respecto. Pero, ¿cómo explicar esto a alguien que no está alineado? ¿Cómo transmitirle su importancia? ¿Deberíamos intentar transmitirla?

En este artículo analizaré las relaciones y dinámicas que mantenemos con nuestros amigos y familiares no alineados, cómo tratamos (o no) con ellos, y nuestros sentimientos, conclusiones y reflexiones al respecto. ¿Qué lenguaje utilizamos cuando hablamos con los que no están alineados? ¿Mentimos, decimos la verdad o decimos una verdad parcial sobre nuestras actividades solidarias? ¿Qué responsabilidad u obligación tenemos como israelíes concienciados de hablar y concienciar a nuestros amigos y familiares? ¿Y en qué momento (si es que llega a haber alguno) ya no sentimos la necesidad, ni el sentido, de «predicar a los inconversos»?

Para quienes tenemos amigos no alineados, la relación varía. Mucha gente tiene amigos que no están directamente implicados en la solidaridad con la lucha palestina, sino que

participan en otras luchas: derechos humanos, derechos de los animales, derechos de vivienda y derechos de los refugiados, por nombrar sólo algunas. Algunos, a través de otras actividades solidarias, nos acompañan en las manifestaciones en los territorios palestinos ocupados. Y luego hay algunos de nosotros que todavía tenemos amigos, de casa y de la infancia, que son no alineados no sólo con respecto al anarquismo o la causa palestina, sino también en términos de trabajar activamente por los derechos de los demás en general. Algunos pueden haber encontrado su camino en las protestas de vivienda social del verano, pero desde entonces han vuelto a (lo que sea que consideren) una «vida normal».

Sería útil aclarar el término «no alineado» en este punto. Me refiero no sólo a quienes no se identifican como anarquistas, sino también a quienes no se identifican con la lucha popular palestina.

Luego están los que no están alineados políticamente pero expresan verbalmente su apoyo al desmantelamiento de los asentamientos y reconocen el racismo y la separación manifiestos en nuestras sociedades, aunque excusan la ocupación utilizando argumentos sionistas (tanto de izquierdas como de derechas), aunque ellos mismos no se identifiquen como sionistas. Las microdefiniciones e identidades de nuestros amigos y familias son tan complicadas como las identidades políticas, religiosas y culturales de nuestra sociedad en su conjunto. Por ello,

aunque intento transmitir la complejidad de nuestras relaciones con familiares y amigos, no pretendo ofrecer aquí una respuesta o conclusión definitiva. Este artículo trata de nuestras experiencias, pensamientos y reflexiones, y pretende arrojar luz sobre un aspecto íntimo de nuestro activismo en Israel y Palestina.

## **Relaciones y dinámicas**

Es difícil transmitir nuestra situación a las personas de fuera. Por decirlo suavemente, el apoyo a la lucha popular palestina no es una posición mayoritaria en este país. Una compañera activista y amiga íntima dice que utiliza la metáfora de «salir del armario» para transmitir la dinámica emocional de enfrentarse a familiares y amigos con sus opiniones y acciones.

Como otros, he ido perdiendo poco a poco el contacto con la mayoría de mis amigos de casa. Algunos no podemos hacer frente a las confrontaciones y nos distanciamos. A medida que avanzamos, la brecha se ensancha entre nosotros y nuestro entorno no alineado.

Los que siguen cerca de mí lo saben casi todo. Los que perdí me conocen desde hace mucho tiempo, y mis acciones no eran totalmente nuevas para ellos. Su única «crítica» era que me había vuelto más extremista, y para ser justos lo he

vido, sólo que yo utilizo el término radical y no tengo reparos en ello. Sin embargo, mis mejores amigos se preocupan por mí. Conscientes o no, a veces sus reacciones a mis creencias o acciones son insensibles. Cuando Mustafa Tamimi murió por un disparo de gas lacrimógeno en la cabeza a quemarropa, le pregunté a una amiga si se había enterado. Su reacción inmediata fue: «¡Sí! ¡Y ojalá dejarais de hablar de ello!». Mi primera pregunta iba a ser: «Qué interesante, ¿qué otros amigos tienes que hayan hablado sobre ello? Me encantaría conocerlos», pero en lugar de eso le dije que yo estaba allí en ese momento. Su tono cambió de inmediato. Me preguntó cómo estaba y qué había pasado. Pero en algún momento me preguntó por qué sigo poniéndome en estas situaciones extremas y por qué no me tomo un descanso. Le pregunté si la ocupación se tomaba un descanso.

Ella se preocupa. Todos se preocupan. Son mis amigos y mi familia, y tiene sentido. Es natural. Sin embargo, su reacción inmediata, su primer pensamiento, fue por qué seguíamos publicando y hablando de la muerte de un palestino asesinado a sangre fría. Si hubiera sido un amigo nuestro, si hubiera sido un judío, ¿habría reaccionado de la misma manera? No lo sé, pero la sensación persistente en mi estómago me hace preguntármelo. Yo soy uno de los afortunados; mis padres, sobre todo mi padre, me apoyan y, como activistas que son, han participado en manifestaciones. Boicotean los productos de los

asentamientos y apoyan a una familia palestina de Yenín que necesita atención médica en Israel. Me han sacado de la cárcel y me han consolado en días difíciles, y siempre saben cuándo dar un paso atrás y confiar en que sé lo que hago. Sólo hemos tenido una gran discusión por mis opiniones y acciones. Cuando la «flytilla» de mayo de 2011 se dirigía a Israel, no mostré ninguna contención a la hora de expresar mi apoyo, pero en una inusual muestra de emoción mi madre me dijo que me echaría de casa si hacía algo que «amenazara la existencia de Israel.» He llegado a casa colocado como una cometa, borracho como una cuba y me he quedado fuera muchas noches sin decirles dónde, y ella nunca había reaccionado así. Tras un acalorado intercambio de palabras, se disculpó. La única razón por la que cuento esta historia en particular es porque esto es lo peor que ha pasado en mi casa, y sólo unas semanas después ella vio cómo me arrestaban por intentar impedir que se construyera el muro de separación. Sus mecanismos emocionales de supervivencia y su apego a este país son la fuente de sus reacciones apasionadas.

Conozco a personas que han abandonado a sus familias y han optado por no relacionarse con ellas más que a un nivel muy básico. También conozco a quienes, sin elección propia, al haber sido tratados como tan diferentes, sienten que ya no pueden continuar en la dinámica de la unidad familiar. En el momento de escribir estas líneas, mi tío y su mujer no me dirigen la palabra. En cada llamada telefónica que mi madre

mantiene con él, él saca a relucir mi actividad política, y ella habla con él, intenta explicárselo. Pero como israelí que vive en el extranjero, atrapado en la narrativa sionista y en las noticias, ni sabe ni quiere saber lo que realmente está ocurriendo aquí. Como muchos otros, también atacará al otro bando como forma de evitar enfrentarse a nuestro papel en la creación del problema.

En muchos sentidos, nuestros amigos y familiares no alineados están desconectados de los palestinos y del régimen militar bajo el que sufren. Pasan años siendo «enseñados» a deshumanizar, y no ven el evidente racismo y discriminación en sus propias palabras. Yo lo veo como una táctica de supervivencia colectiva. La autosupresión y la negación son formas de mantener la cordura. La ignorancia y la inocencia autoinfligidas son formas de no quebrarse. Entonces, ¿cómo podemos relacionarnos con ese estado emocional? ¿Cómo podemos facilitar un proceso de «ruptura» sin romper la relación? ¿Podemos hacer que se pongan de nuestro lado?

Sí, creo que es necesario un proceso de ruptura. Me queda la mínima esperanza de que la sociedad judía pueda despertar de su estupor drogado de nacionalismo y miedo, y darse cuenta de que somos nosotros los que nos hemos convertido en los maltratadores, que ya no somos la víctima, y empezar a hacer algo al respecto para que todos podamos vivir en un mundo mejor y más seguro.

## ¿Amigos o enemigos?

Un amigo activista me contó que, en su círculo de amigos de toda la vida, le consideran un izquierdista radical, aunque ellos no saben ni la mitad. Comparte con ellos sus opiniones, pero no sus acciones. No saben que participa en manifestaciones todos los viernes o que recauda dinero. Le pregunté si no tenía la sensación de ocultarles una parte de sí mismo, o incluso de mentirles. Me respondió: «Prefiero conservarlos como amigos que perderlos como enemigos». También le pregunté por qué no sentía que se perdían una parte de él, una especie de «mentira por omisión» en la que prima el mantenimiento de la paz. Pero a mí me pasa lo mismo. Mis seres más queridos no tienen ni idea de lo implicado que estoy en el movimiento de boicot, desinversión y sanciones porque sé qué tipo de reacciones suscitaría. Parece que nos quedan tres opciones: conservar a nuestros amigos y mentir, decir la verdad y perderlos, o decir la verdad y esperar que algún día recapaciten.

Las redes sociales son otra historia. Allí me filtro. Tengo una lista de unas cien personas que ven todo lo que publico y comento. El resto ve algo diferente. ¿Por qué lo hago? Porque no puedo soportar las reacciones racistas, degradantes o ignorantes de la gente. Así que no cuento a mis amigos más íntimos todo lo que hago. Es más fácil no

hacerlo. He intentado hablar de política con ellos, pero llevan la conversación al posible impacto negativo que podría tener ir a las protestas semanales, y lo confunden con preocuparse por mí. Me dicen que soy extremista, mientras que yo lo llamo radical. Me dicen que hablo con eslóganes, mientras que yo les digo lo que pienso. Me dicen que no soy de aquí; yo les digo que ésta es mi casa.

Sin embargo, la dinámica cambia. Incluso mientras escribía e investigaba para este artículo, mis relaciones se han desarrollado con mis amigos más cercanos. Cada vez me autocensuro menos. Familiares y amigos han acudido a mí con historias que han oído, y yo les cuento lo que veo y experimento, sobre la expansión de los asentamientos y la brutalidad de las reacciones del ejército israelí en las protestas. Mi trabajo ahora significa que el apoyo a la lucha popular palestina y la lucha contra la ocupación se han convertido en partes integrales de mi vida, y si alguien va a ser una parte íntima de mi vida, entonces va a estar expuesto a estos aspectos de la misma.

El discurso, como nuestras relaciones, no es fijo ni estático. Un amigo mío sugiere un cambio de táctica. «¡Quizá deberíamos darles la razón! Y luego invitarles a salir». Invitarles a una manifestación, a un pueblo de Cisjordania. Invítelos a conocer a un hombre cuya casa será rodeada por una valla porque se niega a moverse de donde se está construyendo el trazado del muro. Invítales a conocer a agricultores palestinos a los que se roban sus tierras y se

arrancan sus olivos. Algunos llegan incluso a convertir su propio cumpleaños en un acto político organizando una excursión en un parque forestal que en su día fue un pueblo palestino. Y luego están las veces en que acudimos a nuestras familias y amigos expresando cansancio, tristeza y rabia, y nos dicen: «Pues deja de ir, deja de hacerlo». Hay un límite a las veces que puedes explicar que esto no es una solución, que no ir y no estar allí en solidaridad no es una opción. Así que dejas de explicarlo.

## **¿Obligación de debatir?**

En las manifestaciones estamos allí por solidaridad, pura y simplemente. Estamos allí apoyando al movimiento contra la ocupación; no marcamos el orden del día. Pero, ¿qué pasa cuando no estamos en una manifestación o en una acción de solidaridad con Palestina? ¿Cuando no es un viernes en los territorios ocupados?

Según algunos, podemos y, por tanto, debemos hablar con la sociedad israelí, con nuestros amigos y familiares que pueden o no estar luchando en las FDI, viviendo en un asentamiento o escondiendo la cabeza en la arena.

Por ejemplo, cuando estamos en un interrogatorio, o frente a los soldados o la policía, se trata de personas que podríamos conocer: familia, familia de amigos, amigos o amigos de amigos. Podríamos quedarnos allí y hablar con ellos, hacerles preguntas, a veces gritarles también, aunque no se les permita responder (aunque algunos a veces lo hacen). En general, sin embargo, no puede haber interacción entre nosotros. Cuando nos sentamos en el interrogatorio tras una detención, a veces el investigador intenta una nueva táctica amistosa, diciéndote que el interrogatorio ha terminado y que «sólo quiere saber por qué estás haciendo esto». Yo, como otros, les digo lo mismo. «¿Quieres saberlo? Entonces salgamos a tomar un café o una cerveza, pero mientras estemos en esta posición de usted el interrogador y yo el investigado, me reservo el derecho a guardar silencio».

¿Tenemos la responsabilidad u obligación como israelíes conscientes de hablar, convencer y debatir con la sociedad israelí? En muchos sentidos somos privilegiados por ser judíos y principalmente de clase media, y por mucho que nos resistimos a admitirlo, hablamos el mismo idioma y tenemos una cultura similar a la de nuestros amigos y familiares no alineados. Algunos piensan que deberíamos hablar con otros israelíes en la medida de lo posible, siempre que no nos hayan matado o silenciado totalmente.

Pueden escucharnos. Hablamos la misma lengua, vestimos de forma parecida y hemos crecido juntos. Sin embargo, la

mayoría de las personas con las que he hablado dan respuestas similares. En primer lugar, hay poca fe en que la sociedad israelí cambie alguna vez su discurso, basado en el miedo y la propaganda, especialmente a la vista de las políticas cada vez más derechistas y religiosas del gobierno. En segundo lugar, están las limitaciones mentales y emocionales que tenemos para hacer frente a las reacciones duras y difíciles que a menudo recibimos. Cada uno tenemos y establecemos nuestros propios límites, y algunos no sienten la necesidad ni son capaces de someterse a la experiencia de un debate cargado de emociones.

Y también hubo una respuesta dada por un activista, pero una respuesta que comparto y con la que creo que muchos de nosotros nos sentiremos identificados. Yoni me contó que un día, en una manifestación especialmente violenta, un par de activistas palestinos se le acercaron y le preguntaron por qué estaba allí en lugar de hablar con la gente de Tel Aviv sobre lo que está pasando. Yoni me dijo que «ser considerado un extremista ha hecho que sea más difícil comprometerse». Sentía que era más eficaz al principio de su viaje, cuando él y sus amigos hablaban el mismo idioma y podían identificarse mejor con él. Tuve una experiencia similar cuando regresaba a la furgoneta de una de mis primeras manifestaciones en Cisjordania.

Un campesino palestino me paró y me preguntó sin rodeos qué hacía allí. ¿Por qué, por ejemplo, no estaba en Tel Aviv hablando con los israelíes, o manifestándome ante la

Knesset o la casa del primer ministro? No tenía una respuesta decente para él, pero no fui a ninguna otra manifestación en tres años, aunque tampoco me enfrenté a la sociedad israelí. Simplemente abandoné el país. Mi amiga Hila explicó cuando le preguntaron por esto: «Es una obligación resistir, luchar contra la ocupación y ser solidario; es un principio.

Pero hablar con los judíos y enfrentarse a los israelíes es un método, que eliges como cualquier otro».

No obstante, ahí está: Los interlocutores palestinos nos piden que mostremos nuestra solidaridad hablando con israelíes; consideran que tiene un valor político. Si entendemos que ésta es su lucha, que la estamos apoyando, entonces es importante que nosotros, como activistas israelíes, abordemos las cuestiones planteadas por nuestros interlocutores palestinos, y quizás prestemos atención a este llamamiento.

En última instancia, cada uno de nosotros hace lo que puede, según su propia y mejor capacidad. Es comprensible que, cuando se ha estado aislado de la mayoría de la sociedad, y cuando cada debate se convierte en una discusión emocionalmente agotadora y muy cargada, la gente se rinda.

## Realizaciones y conclusiones

Es evidente que se trata de un tema difícil y ambicioso de abordar. Este artículo no se basa en estudios académicos ni en libros que yo haya leído. Se trata de la experiencia de la gente, en un pequeño intento de esbozar alguna imagen de nuestras vidas aquí.

Nuestro entorno, nuestras relaciones y los discursos que utilizamos son dinámicos. A medida que pasa el tiempo, tengo más confianza en mis opiniones y en el papel que tengo en el mundo, especialmente aquí en Palestina/Israel. La confianza y la serena seguridad de que estoy librando la buena batalla significa que puedo utilizar la compasión y no sólo la pasión, la empatía y no la ira, cuando hablo con mis amigos y mi familia. Este es el enfoque que intentaré utilizar en mis relaciones íntimas. Los hechos y las experiencias no cambian; sólo se refina y desarrolla la forma en que los relaciono con los demás. Recuerdo claramente el día en que mi padre empezó a utilizar la palabra apartheid para describir la realidad de aquí sin ninguna aprensión. Aunque las cosas se muevan sólo un poco, se convierte en algo importante.

Me pregunto qué me diferencia de ellos. Si son tan curiosos, ¿por qué no vienen a ver lo que ocurre con sus propios ojos? No tengo una respuesta satisfactoria, pero estas preguntas ocupan mi mente. ¿Cómo se explica que, debido a las violaciones de derechos humanos básicos, las

restricciones de movimiento, el acaparamiento flagrante de tierras y la violación del derecho internacional, nuestra solidaridad esté anclada en una profunda convicción sobre el bien y el mal?

La aquiescencia simplemente no es posible. Es algo que une a los alineados. No tenemos que defender, discutir o explicarnos unos a otros por qué hacemos lo que hacemos. Para nosotros está claro por qué.

Tal vez el éxito de nuestras relaciones con amigos y familiares no alineados sea una especie de rebelión por derecho propio, una rebelión contra la idea de que no podemos tener opiniones opuestas y mantener relaciones sanas. Mis camaradas activistas, mis confidentes íntimos, mi familia y mis amigos no alineados forman parte de mi comunidad. Son mi red de apoyo, dentro de la cual puedo funcionar mejor como activista. Su apoyo me da fuerzas. No podría hacer lo que hago sin ellos.

–Ruth Edmonds

## OTRA TIERRA

Este texto es a la vez personal y político, y en él quiero resumir algo más de un año de intensa actividad en el marco de AAtW. La actividad del grupo afectó a mi vida, a mi identidad, a los espacios de mi actividad personal y política, y a la forma en que los percibo. Ahora, mientras me siento a escribir este artículo, miro hacia atrás y me pregunto en qué momento del tiempo y del espacio se tomó la decisión en mi corazón de «convertirme en activista», de forma radical, en espacios que hasta entonces se concebían como «lejanos», «amenazantes» y «peligrosos» en mi mente, y con personas que hasta hace poco más de un año no conocía en absoluto, o conocía sólo superficialmente.

Intento aquí poner un poco de orden en las vastas experiencias que he vivido en el último año, y situarlas en una narración coherente en el tiempo y el espacio. Es quizá una autobiografía personal–espacial del cruce de fronteras y el activismo.

## **Convertirse en activista**

En diciembre de 2008, el ejército israelí inició la Operación Plomo Fundido, una guerra contra la población civil de la Franja de Gaza durante la cual murieron más de mil civiles, entre ellos cientos de niños. A finales de mayo de 2010, las famosas flotillas se dirigieron hacia Gaza con el objetivo de romper el asedio. El ataque del ejército a uno de los barcos terminó con el asesinato de nueve activistas turcos junto con una oleada de apoyo pseudopatriótico al ejército y a la criminal política israelí, tanto en los medios de comunicación como en el discurso público israelí. Me oponía al asedio de Gaza, estaba furioso por la Operación Plomo Fundido y sentía náuseas y repugnancia hacia el discurso público que siguió a la flotilla. A pesar de ello, me conformé con publicar comentarios y estados en Facebook, así como con participar una vez en una manifestación frente al Ministerio de Defensa en Tel Aviv, y volví a sentir que no estaba haciendo lo suficiente. Sabía que era posible hacer más, pero no sabía exactamente qué. Tenía miedo de ir a Bil'in; el pueblo me parecía lejano, amenazador y aterrador, pero oí hablar de manifestaciones en Sheikh Jarrah, en Jerusalén Este.

Por aquel entonces, las protestas en Sheikh Jarrah llevaban aproximadamente un año produciéndose en oposición a los desalojos de residentes palestinos de sus casas. Decidí ir allí

con un amigo un viernes por la tarde a principios de 2011. Aquel fue mi primer cruce de fronteras real, una manifestación en un barrio palestino de Jerusalén Este, en la que judíos y árabes participaron juntos.

Nos quedamos allí, a un lado de la carretera que cruza Sheikh Jarrah, sosteniendo pancartas y repitiendo consignas que otro manifestante gritaba a voz en grito a través de un megáfono en hebreo y árabe: «De Sheikh Jarrah a Bil'in, Palestina libre, libre», «Policía y policía de fronteras: fuera de Sheikh Jarrah ya», y otras. Pero un eslogan que se repetía con pequeñas variaciones me llamó especialmente la atención: «Sheikh Jarrah, no desesperes, detendremos la ocupación». Este eslogan se repetía, cada vez con el nombre de un nuevo lugar: una vez Bil'in, una vez Ma'asara, una vez Beit Omar, una vez Ni'ilin y una vez Nabi Saleh.

Mientras estaba sentada en el autobús con mi amiga de regreso a Tel Aviv, le comenté que había oído hablar de las manifestaciones de Bil'in y que también había oído algo sobre Ni'ilin, pero que no conocía los otros nombres que había oído en la protesta.

Anoté los nombres y los lugares en mi cuaderno, y cuando volví a casa comprobé inmediatamente nombre tras nombre en Google, y me sorprendió descubrir que, efectivamente, en todos esos pueblos, durante meses y años, simpatizantes israelíes –en su mayoría del grupo AAtW– se habían unido a manifestantes palestinos. Descubrí que, aunque leía el

periódico todos los días (un periódico israelí en hebreo, por supuesto) y, en general, estaba al tanto de las noticias, la política y la cultura del mundo, en realidad no sabía lo que estaba ocurriendo a una hora en coche de mi casa. Agitado por estas revelaciones, decidí que tenía que ir a esas manifestaciones y verlas con mis propios ojos.

Al cabo de una semana, participé en una manifestación en Ma'asara. Era la primera manifestación a la que asistía organizada por palestinos y en la que la mayoría de los participantes eran palestinos. Por primera vez en mi vida estuve frente a soldados del ejército israelí, junto a manifestantes palestinos. Fue una experiencia chocante, desde las banderas palestinas que llevaban algunos de los participantes hasta los botes de gas que utilizaron los soldados para dispersar la protesta. No obstante, la semana siguiente fui a Beit Ommar, y la siguiente a Bil'in. Nabi Saleh y Ni'ilin tardaron un poco más, pero al final también fui a esos pueblos.

A partir de ese momento puedo decir con certeza que mi vida cambió. Este cambio se reflejó en cómo empecé a «pasar» mis viernes.

Dejé de pasarlos descansando en Tel Aviv con amigos en casa o en cafés, como había hecho hasta entonces, y empecé a pasar los viernes en las manifestaciones de Cisjordania, cada semana en un pueblo distinto. El cambio no era sólo espacial y geográfico, sino también social y cultural.

Tuvo que ver con la gente con la que viajaba a las manifestaciones, los palestinos que conocí en las aldeas ocupadas y mi exposición a la cultura y la lengua de estos palestinos. El cambio fue también y sobre todo de conciencia: Me sentí como si hubiera cruzado una frontera no sólo física o sociocultural, sino también de conciencia y comprensión, dejando atrás gran parte de mi vida anterior.

Una de las percepciones inmediatas de esta drástica transformación fue la comprensión de que algo grande había existido durante algún tiempo y a poca distancia de Tel Aviv, sin que yo lo supiera. Esto me causó muchos remordimientos de conciencia, por no hablar de los sentimientos de culpa y vergüenza. Comprendí que no era el primero (ni sería el último) en sentirme así. Era en sí mismo un cruce de fronteras, una frontera simbólica que separaba lo bueno de lo malo, lo prohibido de lo permitido, el enemigo del aliado. Los lugares físicos que había considerado peligrosos se convirtieron rápidamente en espacios en los que me sentía muy cómoda.

Personas que durante años percibí como amenazadoras se convirtieron ahora en socios y aliados, cuyos pueblos y hogares visitaba semanalmente. Uri Davis lo describe bien en su autobiografía política *Crossing the Border* (Cruzando la frontera) cuando habla del momento en que reconoció a los palestinos como aliados y no como enemigos: «La

conmoción de la experiencia en este insight<sup>10</sup> fue, en mi mente, como un relámpago o la explosión de una granada en mi cabeza. Y de este insight brotó una conclusión ineludible, inequívoca en su validez, forzosa en su lógica: La frontera debe cruzarse en la práctica... A partir de aquí es cuando una y sólo una acción es correcta: mover mi cuerpo hacia donde está mi conciencia»<sup>11</sup>

Yo también sentía que la frontera debía cruzarse en la práctica, física, social y conscientemente, y que las manifestaciones eran la principal forma que tenía de mover mi cuerpo hacia donde estaba mi conciencia. Como descubrí en Nabi Saleh, el cuerpo sería uno de los principales espacios en los que sentiría el precio y la dificultad de esta acción.

## **Cuerpo e identificación**

Las protestas en el pueblo de Nabi Saleh, a unos doce kilómetros al oeste de Ramala, comenzaron hace unos dos

---

10 Se considera insight a aquella capacidad o facultad a través de la cual podemos tomar conciencia de una situación, conectando la situación que estamos viviendo o pensando en una solución o su comprensión.

11 Uri Davis, *Crossing the Border: An Autobiography of an Anti-Zionist Palestinian Jew* (Tel Aviv: Brirut Publication, 1994), 72. Para más detalles, véase también Idan Landau, «Nabi Saleh: Zero Tolerance to Nonviolent Protest», abril de 2011, <http://idanlandau.com>.

años, cuando jóvenes del cercano asentamiento de Halamish expropiaron un manantial en las tierras del pueblo.

Mucho después de empezar a ir a manifestaciones en los territorios ocupados, seguía evitando ir a las protestas en Nabi Saleh.

Mis amigos me explicaron que la situación en Nabi Saleh no era fácil, las manifestaciones eran extremadamente violentas, el riesgo de detención era alto y, en general, «es preferible adquirir experiencia en otros lugares antes de ir a Nabi Saleh». Un viernes invernal, frío y lluvioso, decidí por fin que ya tenía suficiente experiencia y me uní a un puñado de activistas comprometidos que se dirigían allí. Dejamos el coche en el cercano pueblo de Beit Rima, porque el ejército solía cerrar y rodear todas las entradas a Nabi Saleh todos los viernes con el objetivo de impedir que simpatizantes y manifestantes se unieran a las protestas. Desde Beit Rima teníamos que marchar hacia un valle por debajo de Nabi Saleh, y desde allí escalar la montaña, eludir a los soldados que patrullaban y entrar en el pueblo, una cuestión de hora y media de marcha rápida. En la ladera de la montaña, escalando rocas resbaladizas por la lluvia, me encontré cubierto de barro y tuve que detenerme para recuperar el aliento. Estaba claro que unirse a una manifestación en Nabi Saleh era, como mínimo, físicamente exigente. Cuando llegamos al pueblo y empezó la manifestación, quedó claro que la montaña era sólo el principio.

La manifestación comenzó con una marcha desde el centro del pequeño pueblo por la humilde carretera principal que baja hacia la carretera de acceso al pueblo.

No llegamos a caminar más de unas decenas de metros antes de que una enorme andanada de botes de gas lacrimógeno empezara a caer del cielo en nuestra dirección. Nos asfixiábamos con el gas mientras intentábamos protegernos la cabeza y el cuerpo<sup>12</sup>. Al cabo de unos minutos, volvimos a la carretera y continuamos la marcha hacia el cruce de la entrada del pueblo, donde nos recibieron con otra descarga de gas, acompañada de disparos de balas de metal recubiertas de goma. Esto nos hizo entrar corriendo en el pueblo y en las casas de los lados de la carretera. Asfixiados, con los ojos rojos, tosiendo y llorando, algunos de nosotros entramos en una de las casas. La mujer que vivía allí nos trajo cebollas (el olor de la cebolla neutraliza en cierto modo los efectos del gas lacrimógeno) y té caliente, así que nos sentamos un momento antes de volver al exterior.

No era mi primera visita a un hogar palestino, pero sin duda era la primera vez que irrumpía en una casa cuyos propietarios no conocía. La experiencia física y el miedo a lo que ocurría fuera eran compartidos por todos nosotros,

---

<sup>12</sup> Los impactos de los botes de gas lacrimógeno ya han causado muchas heridas e incluso la muerte a varios manifestantes en los territorios ocupados; el más reciente fue Mustafa Tamimi, que murió en diciembre de 2011 por el impacto de un bote de gas lacrimógeno disparado directamente a la cabeza.

palestinos e israelíes judíos, y en gran medida, atenuaron las diferencias entre nosotros. Las fronteras que nos separaban se cruzaron a los pocos minutos de comenzar la manifestación. Pero también se cruzaron otras fronteras: fronteras entre espacios públicos y privados, entre el hogar y el exterior, y entre espacios seguros y peligrosos.

Por primera vez en mi vida me sentí más seguro en un hogar palestino que fuera, con soldados del mismo ejército en el que yo también había servido. El hogar palestino en el que entré se convirtió instantáneamente en un lugar que creaba y reforzaba la solidaridad. Más tarde, ese mismo día, me di cuenta de que los gases lacrimógenos y el esfuerzo físico no eran las únicas exigencias corporales de este tipo de activismo.

Más tarde, ese mismo día, un bote de gas lacrimógeno disparado por el ejército israelí hirió a uno de los niños del pueblo. El pequeño fue trasladado rápidamente a un patio, y unas pocas personas capacitadas lo atendieron hasta que llegó una ambulancia para evacuarlo al hospital. La escena del niño llorando de dolor, incapaz de huir a tiempo y escapar de esta grave lesión, no me abandonaba<sup>13</sup>. Al instante comprendí profundamente lo que ya sabía de antemano: cada minuto de estas manifestaciones conlleva un peligro real y tangible de lesiones corporales o incluso de

---

13 Sobre la difícil experiencia, junto con los sueños y pesadillas que siguieron, escribí «No te acostumbres a esto» en diciembre de 2011.

muerte. En un instante, el espacio se volvió peligroso, pero más allá del peligro también era un espacio de oportunidades: la oportunidad de conocer a gente y compartir con ellos experiencias similares, solidaridad e identificación.

Junto a esto, había cuestiones que permanecían ocultas y no se discutían, como el género y la sexualidad.

Los aspectos de género y sexualidad en las manifestaciones de Cisjordania son complicados y problemáticos. En Nabi Saleh, a diferencia de la mayoría de los demás pueblos palestinos, muchas mujeres no sólo participan, sino que son en gran medida las líderes de las manifestaciones y el poder dominante en ellas.

Como varón, nunca me encontré con incomodidades derivadas del género en las manifestaciones, pero sí que tuve sospechas relacionadas con mi sexualidad y con el hecho de que me identifico como gay queer. En ocasiones me planteé al inicio de mis actividades si quitarme el pin del arco iris que llevaba en la mochila. Al final no lo hice, aunque tampoco hablé nunca de mi sexualidad ni la expuse claramente en las aldeas palestinas. Esta cuestión de la identidad seguía, y aparentemente seguirá, presente y oculta a la vez. Dicho esto, a pesar de mis temores nunca me encontré con una expresión de ningún tipo de homofobia u hostilidad con respecto a mi orientación sexual.

## **Disfrute en el activismo**

Si este texto pretendía, como mencioné al principio, ser una autobiografía personal–espacial de un año de activismo, también tengo que señalar algunos espacios que no son activistas en el sentido aceptado de la palabra –es decir, que no participan en manifestaciones y protestas– y que no incluyen gases lacrimógenos ni nada que ponga en peligro la vida.

Conocí a S., un joven palestino de Ramala, en una de mis primeras manifestaciones en Bil'in.

Nos conocimos en una formación previa impartida por uno de los manifestantes experimentados, y desde entonces nos hicimos amigos. Nos vimos unas cuantas veces más en Bil'in, y cada vez, S. me invitaba a ir a visitar su casa en Ramala. Yo tenía mis dudas, sobre todo porque me daba miedo viajar a Ramala. A pesar de las fronteras físicas y mentales que ya había cruzado, y a pesar de que las fronteras sociales formaban parte de ello, seguía dudando si aceptar la invitación. Pero, efectivamente, conocí a S. un viernes por la tarde en Bil'in, y justo después de la manifestación viajé con él y otro amigo a Ramala.

S. nos llevó a dar una vuelta por la ciudad, una vuelta que yo no creía posible completar, ya que Ramala está en lo que se llama Área-A y la entrada a judíos israelíes está prohibida por ley. Visitamos la Mukata'a (las oficinas del centro administrativo de la Autoridad Nacional Palestina) y la tumba de Yasser Arafat, y luego nos sentamos a cenar en el encantador jardín de un restaurante local. De camino del restaurante a un breve descanso en casa de S., nos detuvimos en el punto más alto de la ciudad desde el que, como dijo S., «en un día claro se puede ver Tel Aviv». Qué cerca y, sin embargo, qué lejos. Por la noche salimos a dos bares populares, bebimos cerveza Taybeh y nos divertimos. Al día siguiente recorrimos el sinuoso camino hacia Tel Aviv. Aparentemente no tiene nada de especial un fin de semana con amigos en una ciudad que está a hora y media en coche de casa, pero en realidad tiene mucho más.

Si no fuera por los cambios en mi vida que empezaron con mi incorporación a las manifestaciones y al activismo, es razonable suponer que no me habría encontrado pasando un fin de semana en una ciudad en la que me es ilegal entrar, junto con amigos palestinos, en lugares culturalmente distantes de los que frecuentaba antes de ese momento. El viaje a Ramala también constituyó un cruce de fronteras: una frontera física, una frontera cultural y social, y una frontera de conciencia. Espero que más israelíes tengan la oportunidad de visitarla. Sólo puede salir algo bueno de

conocer a la gente que vive en el lugar desde el que, en un día despejado, se puede ver Tel Aviv.

–Chen Misgav

Traducido por Rona Even

<http://www.haokets.org/2011/12/17/הל-םילגרתמ-אל/>.

[Traducido por libértame]